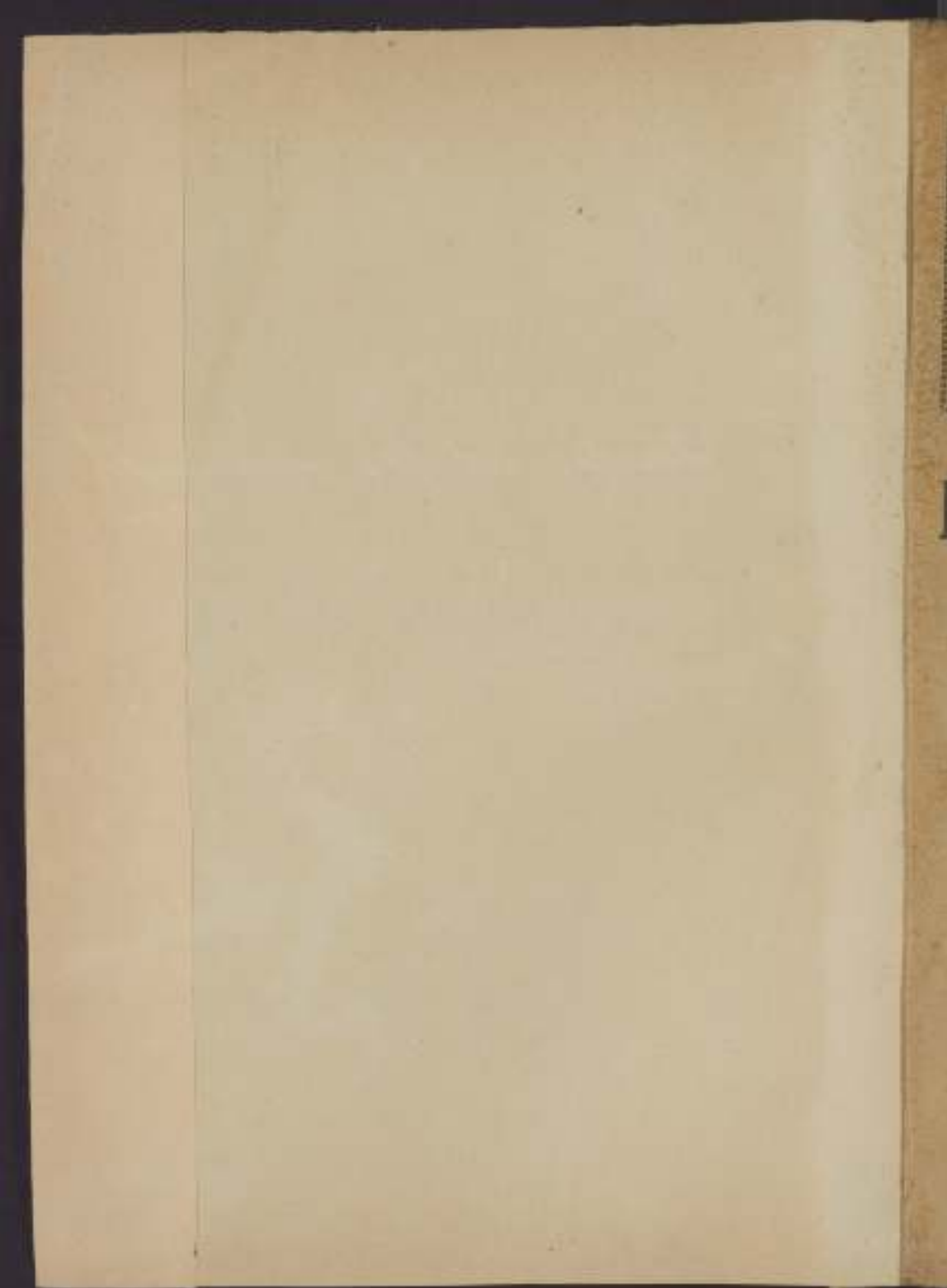


LA MELODIA DEL AMOR



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

Ediciones BISTAGNE - Passeig de la Pau, 10 bis - Tel. 18551 - BARCELONA

## *Lady of the pavement* La Melodía del Amor

Argumento de KARL VOLMOELLER adaptado a la pantalla  
por

SAM TAYLOR

Dirección de D. W. GRIFFITH



Exclusiva de  
LOS ARTISTAS ASOCIADOS  
Rambla de Cataluña, 62  
BARCELONA

Argumento narrado por Ediciones Bistagne

INTÉRPRETES:

<i>Condesa Diana des Oranges</i>	JETTA GOUDAL
<i>Conde Gustavo de Arnim</i> .	WILLIAM BOYD
<i>Barón de Holdberg</i> . . .	GEORGE FAWCETT
<i>Vizconde Finot</i> . . . .	ALBERT CONTI
<i>Nanón du Rayon</i> . . . .	LUPE VÉLEZ

etc.

# La Melodía del Amor

---

## ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

### I

Brillaba París en la pompa del Segundo Imperio. Era el año 1868.

En la embajada de Suetania, país que estaba en excelentes relaciones con Francia y que aun quería estrechar más estos lazos de amistad, estaba reunido el embajador con todos sus satélites.

Presidiendo el consejo, estaba el embajador, barón de Holdberg. El embajador tenía un empaque militar y aristocrático. Aunque viejo—su bigote y su escaso cabello blanqueaban—, su tórax se erguía y había en sus movimientos una energía juvenil. Era uno de esos hombres para cuyos bíceps no parecen pasar los años.

Detrás de la altivez y de la aus-

teridad de su porte había un espíritu bien dotado. El embajador tenía grandes cariños y una viril, pero fina, sensibilidad. Sin embargo, pocos conocían estas cualidades del barón: el barón era ante todo un hombre público y las ocultaba bajo la máscara profesional.

Precisamente uno de los más profundos afectos del Embajador era su patria, y hacía, no lo que su corazón le dictara, sino lo que a Suetania convenía.

El otro gran cariño del barón era su secretario, el conde Gustavo de Arnim, joven recién llegado al mundo de la diplomacia.

El conde de Arnim era uno de esos hombres que hacen señar a las



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

jovencitas sentimentales y a las viudas nostálgicas. Alto, fuerte, gallardo, de rubio cabello y mirada azul... en fin, un príncipe de leyenda, el galán de la Cenicienta, el paladín soñado, el héroe del amor y de la guerra.

El barón amaba a Gustavo como si hijo suyo fuera. El le había introducido en las altas lides de la diplomacia, él lo había introducido en el gran mundo de Francia, él, en fin, le había lanzado por un camino seguro que le permitiría llegar muy alto.

Ahora, en su puesto de secretario del Embajador, había algo que le impedía comportarse como era debido. Estaba triste, pensativo, ausente de sus deberes. De vez en cuando, alzaba un dije y examinaba el rostro de una mujer. Se veía, por el modo de mirar el retrato, que aquella mujer ejercía sobre él una fuerte fascinación. El consejo de la embajada no se acababa nunca y Gustavo se sentía ya impotente para disimular su fastidio.

El Embajador había dicho varias veces, por no tener ya nada que decir:

—Esta noche en la audiencia que tengo solicitada al Emperador, le

transmitiré la seguridad de los sentimientos amistosos de Suetania.

En esto, se abrió la puerta y un criado anunció:

—Su excelencia, el vizconde de Pinot, gran chambelán de Su Majestad.

Se suspendió el debate por un momento. El vizconde le traía la respuesta del Emperador y nada de lo que se tratase en el consejo podía tener la importancia de lo que el Gran Chambelán dijera.

Entró el vizconde, muy fino, muy ceremonioso. El consejo le recibió en pie.

—Su Majestad—dijo el mensajero—lamenta que asuntos de Estado le obliguen a aplazar la audiencia de esta noche.

No dijo más. Nuevos saludos, nuevos convencionalismos y volvió a salir.

No se sentó de nuevo el Embajador. Sonreía maliciosamente.

—A buen seguro que el Gran Chambelán debió decir Amor donde dijo Estado.

Y añadió:

—Ya no tiene objeto este consejo. Aplacémoslo hasta que el Emperador conceda la solicitada audiencia.

Todos se levantaron y desaparecieron, después de saludar con reverencia al Embajador.

Gustavo se había puesto en pie al mismo tiempo que lanzaba un profunda suspiro. ¡Ya era hora! Si no hubiera estado el Embajador delante se habría desesperado como por las mañanas, después de toda una noche de inmovilidad.

Al quedar solo con el secretario, se transformó el semblante del Embajador, desapareció la máscara del formulismo, y, poniendo cariñosamente las manos sobre los hombros de Gustavo, le dijo:

—Hijo mío, tengo que darte una gran noticia. Nuestro Rey da su consentimiento a tus relaciones con la condesa Diana des Granges.

Pero a Gustavo no debió parecer muy "grande" la noticia, pues se limitó a dibujar una sonrisa en la que había más tristeza que satisfacción.

—Ved lo que he recibido—repuso escuetamente, entregando al Embajador una carta.

Leyó éste:

"Gustavo: Una horrible jaqueca me impide acompañarte al baile esta noche, como habíamos conveni-

do. Ve tú solo y mañana por la mañana me dirás si has podido divertirme sin mí.

"Tuya siempre,

"Diana."

—¿Esto es lo que te apena?

—Eso, barón. Cuando se ama de verdad, las jaquecas desaparecen.

—¿Bah! Eso son preocupaciones sin fundamento. Tu temperamento, demasiado vehemente, no comprende bien esta espiritualidad de la exquisita Francia. Entre la nobleza es de buen tono demostrar de vez en cuando que las cosas del corazón no nos dominan. Lo contrario es "cursi". Seguro estoy de que, en el fondo, la condesa Diana anhela ir contigo al baile esta noche... Ve a visitarla, comunícale la nueva del consentimiento de nuestro Rey. Será un gran bálsamo para su jaqueca.

Y, al mismo tiempo que hablaba, iba empujándole hacia la puerta.

Animado el joven por los consejos del Embajador, se decidió a ponerlos en práctica. Aun faltaban algunas horas para que el baile se celebrase. Aun podían arreglarse las cosas.

Lleno de esperanza, cruzó las calles de la urbe, adquirió un ramo de

flores y, con él, se presentó en el palacio de la condesa.

—¿Está acostada la señora condesa?—preguntó al criado que salió a abrirle.

—No, señor Conde; se halla en su *boudoir*. En seguida voy a anunciar al señor Conde.

Pero Gustavo le detuvo.

—No hace falta. Yo mismo iré. Conozco bien el camino.

Se inclinó el siervo y desapareció.

Una y otra pieza fastuosa cruzó Gustavo. Ya en la puerta de la antecámara, dió en ella unos golpecitos. Nadie contestó. Abrió. La antecámara estaba vacía. Al fondo se veía la puerta entreabierta del *boudoir*.

Avanzó. Fué a repetir los golpecitos, pero lo que vió detuvo su mano. En el fondo de la íntima estancia, la condesa abrazaba y besaba a un hombre. Era la despedida, pues el galán desapareció en el acto por una puertecilla trasera.

Profunda y amarga fué la impresión de Gustavo, pero en seguida se impuso la cólera de sentir su honor mancillado y arrojó el ramo al suelo, penetrando resueltamente en la cámara.

Sorprendida quedó la condesa, pero se vió en seguida que sabía sobreponerse a los sobresaltos y avanzó hacia el prometido con las manos tendidas.

Era una mujer gentilísima y espléndida. Su carne de raso, sus ojos brillantes y apasionados, su talle fino, hacían comprensible la fascinación que el secretario sentía por aquella mujer.

En vez de tomar las manos que se le tendían, Gustavo dijo secamente:

—Es un curioso dolor de cabeza el tuyo.

Por el tono en que estas palabras fueron dichas comprendió la condesa que su prometido había visto lo que en su cámara acababa de suceder, pero disimuló y le preguntó, cogiéndole por los brazos y con apasionado tono:

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué hablas así?

—¿Quién estaba aquí hace un momento?

La condesa se irguió. Estaba des-  
envolviéndose como una actriz consumada.

—¿Ese es el motivo?—dijo con severidad y desprecio—. Deblas te-



## LA MELODIA DEL AMOR

ner confianza en la mujer que va a ser tu esposa.

—¿De modo que te sorprende en brazos de otro hombre y quieres que tenga confianza en ti?

—Ese hombre... era un pariente.

Gustavo sonrió con sarcasmo.

—¡Un pariente que besa en la boca! ¡Un pariente que huye por una puertecilla secreta!

—¡Basta! No consentiré que me

hables en ese tono despectivo. El que quiera ser mi esposo habrá de respetarme.

Gustavo había perdido la paciencia.

—Si lo de esposo—replicó mordiendo las palabras—lo dices por mí, sabe que antes que contigo me casaré con una mujer de la calle.

Y, dando media vuelta, se dirigió a la puerta de la antecámara y salió.



II

Se crisparon las manos de la condesa. Era la primera vez que escuchaba una frase dicha en aquel tono humillante y despectivo. Estaba acostumbrada a hacer su voluntad, a cometer incluso las mayores locuras sin que nadie se atreviera a hacerle el menor reproche. Hasta los perjudicados habían de sonreír. La gran influencia que la noble dama tenía en la Corte era el motivo de ello.

Por eso la exasperó hasta la locura el insulto de Gustavo.

Inmediatamente se dio a pensar en el modo de vengarse. La inteligencia, sutilísima para el mal, habló en seguida lo que buscaba.

—¿No ha dicho que preferiría ca-

sarse con una mujer de la calle? Pues bien, se casará.

Inmediatamente llamó a un criado.

—Avisé al visconde de Finot que venga a verme en seguida. Digale usted que le espero con impaciencia.

El criado corrió a cumplir las órdenes.

Todas las damas del gran mundo, cuando Cupido les volvía la espalda, solicitaban la ayuda del visconde de Finot. Su ductibilidad y su talento diplomático le hacían insubstituíble.

Apenas recibió el aviso, el Gran Chambelán se dirigió a casa de la condesa. La condesa era una de

sus debilidades, pero había fracasado siempre en sus intentos de aproximación, lo que le hacía desearla doblemente.

Por eso acudió a su llamada con tanta presteza. Acaso en aquella visita hallara la tan anhelada ocasión.

En pocos minutos, le condujo el coche al palacio de Diana.

Llamó y, como Gustavo, se negó a que le anunciaran. Eran muchos los que sabían el camino del *boudoir* de la condesa.

También llamó en la antecámara. También abrió, al ver que no contestaba nadie.

Al llegar a la puerta del *boudoir*, tropezó con el ramo que el conde había arrojado allí.

Se inclinó, lo cogió, le quitó el polvo, lo arregló y penetró con él en la cámara, ofreciéndoselo a la condesa.

Esta lo dejó distraídamente sobre un mueble y se apresuró a explicar al vizconde todo lo que acababa de suceder entre Gustavo y ella.

Concluyó con estas palabras llenas de altivez:

—¡Y yo no puedo consentir que ese jovencuelo se jacte de haberme insultado!

Sonrió sutilmente el vizconde.

—Eso tiene fácil arreglo, condesa. Una palabra del Emperador bastará para que el conde Gustavo de Arnim sea expulsado de Francia.

—No, no—rechazó la condesa—. No es bastante. Quiero vengar su desprecio con otro desprecio mayor. ¿Ha dicho que preferiría casarse con una mujer de la calle? Pues bien, lo hará.

El vizconde se mostró muy asombrado.

—Vais demasiado lejos, condesa. Además, no sé cómo podréis llevar a cabo semejante propósito.

—Mi querido vizconde—repuso ella aduladoramente—se encargará de buacarme la mujer que necesito.

—¡Yo!

Pero la condesa, sin reparar en el efecto que su proposición había producido en el vizconde, prosiguió:

—Debe ser bonita, joven, simpática... una flor del arroyo, en una palabra.

—Ese plan es absurdo. ¡Yo por la calle buscando una mujer del arroyo! ¡Qué atrocidad!

—¡Tantos hombres las buscan!

—Perdonad, condesa, pero, por esta vez, no puedo complaceros.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Y saludó para irse.

Pero Diana no renunciaba a un empeño tan fácilmente.

Le cogió del brazo, se estrechó contra él, acercó su rostro al del vizconde y le preguntó, mirándole con los ojos entornados:

—¿Verdad que no negarás este capricho a tu Diana?

El vizconde, con la mirada turbia, con las ropas desordenadas, con el cabello revuelto, sosteniéndose en pie difícilmente, repuso a la pregunta hecha una hora antes:

—Decididamente, es imposible rechazaros nada, condesa. Mañana mismo comenzaré a buscar esa mujer de la calle.





III

Montmartre.

El cabaret "Chien qui fume" era uno de los más modestos del famoso barrio. Si alguna persona distinguida entraba en él, era por amor a lo pintoresco. La clientela estaba formada por gentes de poco dinero y de corazón alegre, que buscaban allí distracción al tormento de la lucha por la vida.

Papá Pierre era el dueño de aquel rincón de alegría. La actividad que este hombre desplegaba para llevar adelante el negocio era asombrosa. Atendía a todo y a todos y, al mismo tiempo, era el director de la exótica orquesta del cabaret. Era frecuente verle dar un puntapié a un camarero, o indicar

una mesa vacía a un cliente, o dar una orden a la cocina, al mismo tiempo que podía "orquesta" o imponía el pianísimo con la batuta.

Todo cliente que trasponía el umbral del "Chien qui fume" era recibido y acompañado hasta la mesa por papá Pierre, el cual se deshacía en amabilidades y reverencias, prodigándole los "monsieur".

Ahora comenzaba el cabaret a animarse, animación que no cesaba hasta altas horas de la noche.

En una mesa se veía a un artista, manejando el lápiz sobre un gran pliego de papel y mirando hacia enfrente con los ojos entornados, protegiéndoselos con la mano a modo de pantalla.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Siguiendo la dirección de estas miradas, se veía, sentada a un velador frontero, una muchacha con la cabeza cubierta por un manto negro, de modo que sólo el rostro se le veía. Parecía una Dolorosa. Había en sus grandes ojos un resplandor de quietud e inmensidad y una conmovedora pureza en sus blancas manos enlazadas.

Era la estrella del cabaret, Nanón du Rayon. El artista le estaba haciendo un retrato. Sólo él sabía lo que le había costado conseguir que posara para su lápiz. Fué una persecución de muchos días. Desde el punto de vista artístico, estaba prendado de aquel rostro virginal, y a todas horas andaba detrás de Nanón, suplicándole le concediera la merced de dejarse hacer un retrato.

Esta noche, Nanón se había comprometido de él y se decidió al fin a posar. El artista la colocó a su gusto y se quitó la capa, haciendo que se la pusiera sobre la cabeza, a modo de manto. No podía decirse que estaba hermosa en aquella actitud: estaba divina. No inspiraba ninguna pasión humana, sino un fervor, una adoración semejante a la que se experimenta en el templo ante

los dorados altares. El pintor trabajaba afanosamente, arrebatado de entusiasmo artístico.

El alma de aquella criatura era de una complejidad desconcertante. Había nacido en un buen medio. Sus padres eran personas pudientes y educadas. En el hogar paterno se respiraba aún la nobleza de los abuelos, cortesanos de otros reyes, ahora difuntos y casi olvidados. Pero Nanón quedó huérfana a los pocos años de nacer. Tan niña era entonces, que no recordaba cómo eran sus padres. Cayó en manos de unos parientes lejanos, que se cansaron pronto de ella, y tan poco grata le hacían la vida, que la huérfana huyó apenas pudo emprender el vuelo. Rodó por la vida, pero sin que su candor se manchara. Mendigó y pasó hambre. Al fin, fué a parar a aquel cabaret, donde el avaro y generoso papá Pierre la recogió, adiestrándola en el arte de cautivar al público.

La pureza de su estirpe de un lado, y de otro el encanallamiento del arroyo, le habían creado aquel carácter que desconcertaba. Tenía una picardía que hacía las delicias de los viejos verdes y de los jóvenes vehementes, pero conservaba in-

cólume el respeto de su honra. Después de excitar al público con sus canciones picarescas, con su cuerpo semidesnudo, con sus movimientos y sus miradas de odalisca, no era extraño que diera un tremendo bofetón a alguien que había osado alargar la mano hacia ella o se había atrevido a hacerle una proposición poco decorosa.

Nanón era el alma del cabaret. Iba de una mesa a otra desparrramando su gracia y su alegría, y después cantaba y bailaba hasta saciar a los espectadores.

Comenzaba a cansarse de aquella inmovilidad. Llevaba en aquella actitud más de cinco minutos, cosa verdaderamente increíble en ella, que no podía estar quieta un solo segundo.

De pronto se puso en pie. El artista suplicó, imploró unos minutos más de calma. Pero ya no era posible contenerla. Nanón se quitó la capa, se la devolvió al bohemio y se dirigió al escenario.

El brevísimo vestido de baile, dejaba al descubierto casi todo y permitía adivinar lo demás. Era una delicia: una frágil y encantadora muñeca con perfección de estatua.

Cuando apareció en el pequeño escenario, un rumor de entusiasmo llenó la sala. Se encandilaron los ojos y se aceleró el ritmo de los corazones. Papá Pierre empuñó la batuta y la música atacó una especie de caricatura de baile oriental, donde todos los movimientos y todas las contorsiones estaban permitidos.

Cinco minutos después, se habían roto unos cuantos vasos y el escenario se había llenado de sombreros que solicitaban la gracia de un pisotón. Y mientras los espectadores aplaudían frenéticamente, papá Pierre sonreía satisfecho.

Desde un rincón un caballero elegante y distinguido había seguido atentamente las evoluciones de la danzarina.

Era el vizconde de Finot, el cual llevaba todo el día buscando a la mujer de la calle que la condesa necesitaba. Con creciente curiosidad la había estado observando desde antes de que se quitara la capa que le había prestado el bohemio. La vió, entre número y número, popular por entre la masa espectadora, estando cada minuto en una mesa, porque de todas la llamaban, y la oyó después cantar dos dúos.



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

uno de un verde subido y el otro sentimental y dramático.

De sus observaciones sacó la consecuencia de que difícilmente hallaría otra muchacha más a propósito que aquella para los fines de la condesa Diana. Era bonita, simpática, desenvuelta, fina de cuerpo, y había en ella una singular espiritualidad. Le faltaba cambiar de modales, trocar los plebeyos y ordinarios del cabaret por los exquisitos del gran mundo. Pero eso podría lograrlo en un par de semanas un buen profesor de ceremonias.

Aprovechó la oportunidad de que pasaba cerca y la llamó:

—¡Pollita!... ¡Pollita!

Grande fué el asombro de Nanón. ¿Qué quería de ella aquel caballero tan elegante?

Pero Nanón no temía a nada ni a nadie. Se acercó al caballero. Los ojos de la artista brillaban interrogadoramente.

—¿Tendría usted la bondad de charlar un poco conmigo?

—Sí, señor. Hablaremos hasta que usted se canse.

Papá Pierre, que no había quitado ojo al caballero desde que entrara en el cabaret, dejó la batuta que acababa de empuñar y acudió soli-

cito a la mesa que ocupaba el aristócrata.

—Caballero, celebro que os hayáis dignado honrarnos con vuestra presencia. Os aseguro que saldréis contento de aquí. Pedid lo que queráis, aquí hay de todo. Y si no lo hay, lo buscaremos. Nanón os hará compañía. Yo, entretanto, con vuestra venia, voy a dedicaros la mejor obra de mi repertorio. ¿Deseáis algo de mí?

—Enviadme al camarero — repuso sencillamente el visconde.

Corrió papá Pierre y, dando un puntapié al camarero, pues era muy gordo y sin este estimulante no podía desenvolverse con la debida actividad, lo envió a la mesa que ocupaban Nanón y el aristócrata.

—Mándeme el señor—dijo al visconde, rascándose aún la parte donde papá Pierre le había aplicado el puntapié.

—¿Ha conado usted ya? — preguntó el visconde a Nanón.

—Todavía no.

—Pues, cene usted mientras hablamos.

Nanón hizo un gesto de indiferencia.

—No tengo apenas apetito. Pero, por no desairarle...



## LA MELODIA DEL AMOR

El voluminoso camarero se apresuró a ofrecer a Nanón la carta.

La joven la examinó con diaplancia y sin ninguna prisa, y, al fin, pidió:

—Tráeme una sopa a la reina, entremeses variados, huevos a la montañesa, langostinos con salsa verde, un pichón estofado, ensalada imperial, frutas del tiempo y compota de melocotón. Para beber, champaña, y, como "fin de esta", un flan, café y chartreuse verde.

Había dicho todo esto sin detenerse. Iba nombrando los platos que le salían de la boca y que después le habían de entrar por ella. De lo único que se preocupó fué de pedir la sopa como primer plato, y los postres para el final.

El camarero había ido apuntando, pero sin cesar de dirigir miradas compasivas al pobre caballero que se había atrevido a invitar a Nanón.

El vizconde siguió con disimulada curiosidad los incidentes de la opípara comida. Nanón engullía con una facilidad asombrosa. Parecía mentira que todo lo que pasaba por su boca pudiera caber en aquel cuerpo tan exiguo.

Cuando el apetito de Nanón se

fué saciando, y ésta se mostraba comunicativa, el vizconde abordó el asunto con esta pregunta:

—Debe usted saber mucho de la vida, ¿verdad?

—¡Así, así!... Canto, bailo y he leído algunas novelas.

—¡Bah! No me refiero a eso. Digo que si sabe cosas... de amor.

Nanón se puso muy seria.

—Caballero, yo no puedo hablar de esas cosas. Soy una muchacha honesta. Y si ha venido usted a enamorarme, le aconsejo que no pierda el tiempo.

—¿Quién ha hablado de enamorarla? — protestó el vizconde, muy complacido y divertido por el modo de ser de Nanón—. No dudo un momento de su honestidad, ni quiero proponerle nada que no sea decoroso. Verá usted... ¿Se ve usted con ánimos para enamorar a un hombre, nada más que enamorarlo... y en broma, por supuesto?

—El día que yo enamore a un hombre, será de verdad y para toda la vida.

—Eso me parece muy bien. Pero, supóngase que por representar un papel sin consecuencias, por conseguir que un hombre se enamore de usted, se le ofrecen trajes, joyas,

la amistad de grandes damas, una vida, en fin, de princesa. ¿Qué haría usted?

El cuadro no podía ser más hermoso. Nanón miraba al visconde con incredulidad.

—¿Todo eso obtendré sólo por enamorar a un hombre?

—Sí, señorita.

—Pues, no lo comprendo. ¿Qué van ustedes a ganar con que un hombre se pierre por mí?

—Sobre eso, señorita, no puedo decirle ni una palabra. Bástele saber que su honra no peligrará, es decir, que por conseguir tan sólo que un hombre se enamore de usted, tendrá las mejores joyas, los mejores vestidos, las más brillantes amistades y... algunos miles de francos.

—¿Miles de francos también?

—También.

—Vamos en seguida a enamorar a ese hombre, caballero.

Y se levantó resueltamente.

Peró el visconde la obligó a sentarse de nuevo.

—Calma, mucha calma. Discreción, mucha discreción. Para que esté usted en condiciones de enamorar al hombre de que le hablo, han de pasar muchos días. Ha de

ponerse usted a su nivel. ¿Cómo? Estudiando los modales de la buena sociedad. Además, hemos de obrar con absoluto secreto. Es preciso que sus amigos no se enteren de lo que va usted a hacer, ni de dónde va. Esta noche no puedo llevarmela, pero mañana enviaré a un criado por usted. Hemos de prepararle la casa.

—¿La casa?

—Sí. Tendrá usted una casa. Tendrá usted criados. Tendrá usted... todo cuanto pueda desear.

Nanón estaba deslumbrada.

—Todo eso me parece un sueño, caballero.

—Pues, ese sueño, comenzará a ser mañana mismo una realidad.

Y, dichas estas palabras, el visconde estrechó a Nanón la mano, pagó la cena, repartió espléndidas propinas y salió del "Chien qui fume".

Papá Pierre y todos los empleados de la casa rodearon a Nanón y la ahumaron con una tempestad de preguntas.

Peró Nanón cumplió su palabra de guardar el secreto.

—Nada puedo decirles, amigos míos. Únicamente, que me voy ma-

## LA MELODIA DEL AMOR

ñana, que estaré una temporada ausente y que volveré.

La revelación entristeció a los amigos de Nanón. ¡Se iba! ¿Qué sería de ellos y del cabaret sin ella?

Al ver el pesar reflejado en el semblante de sus queridos camaradas, también la pequeña artista se

entristeció, sintió ganas de llorar y huyó hacia su cuarto.

Nadie dijo nada, pero todos pensaban lo mismo. Aquel hombre, con su posición y sus riquezas, logró quebrantar la entereza que la joven demostraba para las cosas del amor.





## IV

La condesa, muy satisfecha de los buenos servicios del vizconde al haberle hallado en el término de veinticuatro horas a la mujer que necesitaba, parece ser que se mostró tan complacida como complaciente con el gran Chambelán.

Decidieron que los primeros días, y en tanto le arreglaban la casa, los pasara en el palacio de la condesa, con objeto de vigilarla más de cerca y someterla a una estrecha disciplina, que convirtiera, aunque sólo exteriormente, a aquella muchacha de baja educación en una damita del gran mundo.

Dirían que era una huérfana protegida por la condesa y recién salida del pensionado. Las colegialas

tenían siempre éxito en el gran mundo, donde la ingenuidad brillaba por su ausencia. El nombre de la muchacha era que ni pintado para hacerla pasar por lo que no era. Nanón du Rayon era un nombre digno de figurar en la Corte.

Al ver a la joven, la condesa quedó más encantada todavía. Gustavo caería en el lazo; estaba segura.

Nanón quedó sobrecogida de asombro cuando vió las suntuosas estancias del palacio de la condesa. En la vida pudo imaginar que existieran aquellas lámparas, aquellos tapices, aquellos muebles que parecían de oro, aquellas alfombras en que se hundían los pies y se andaba como sobre muselinas.



Los primeros días pasaron para ella como en sueños. Le parecía vivir un cuento de hadas. No se cansaba de admirar sus joyas y sus vestidos.

Sólo una mancha tenía aquel despejado cielo: las lecciones del maestro de ceremonias.

Todos los días, durante dos horas por lo menos, y generalmente en presencia del vizconde, había de obrar y moverse, no como el cuerpo le pedía, sino como le exigía el maestro de ceremonias, un hombre melifluido, acaramelado y de voz afeminada, al que Nanón profesaba una antipatía de muerte.

La hacían andar de cierto modo, sonreír y saludar de cierta forma, hablar en un tono de voz opaco y monótono. Estaban prohibidas las

risas, las exclamaciones, los estornudos. No se podían poner las piernas sobre los brazos de los sillones al sentarse, postura muy cómoda que ella había tenido ocasión de probar. Había que ser un maniquí, pero sin rigidez y con naturalidad, cosa que a la desenvuelta artista parecía una contradicción. No reírse, no dar voces, no gesticular, no saltar, no podía ser para Nanón una conducta natural.

Así llevaban varios días, y, según el vizconde, aun habrían de pasar otros tantos para que estuviese en condiciones de ser presentada en sociedad por la condesa.

—Pero, ¿cuándo conoceré al hombre que he de enamorar? — preguntaba Nanón, cada vez más intrigada.

—El día de la presentación — le respondían indefectiblemente.

\*\*\*

—A ver, señorita, ¿cómo bajaría usted unas escaleras? Suba usted por esa hasta el primer tramo y baje luego.

Nanón subió al primer descansillo. De pronto, se encaró con una

multitud imaginaria, dibujó una hipócrita sonrisa, que arrancó un "¡Bravo!" al profesor de ceremonias, y alargó el pie. Todos los movimientos habían sido muy naturales y gentiles. Indudablemente,

Nanón mejoraba. Pero he aquí que la larga falda quedó debajo del pie que acababa de depositar sobre un escalón, y que, al avanzar el otro, halló el obstáculo del vestido, haciendo que la muchacha lanzara un grito al ver que se iba de bruces.

Felizmente, pudo agarrarse a la baranda, y esto le evitó rodar por las escaleras. Su continente se descompuso. Los pies fueron a parar tres escalones más abajo, a impulsos del tropiezo.

Al ver que el visconde permanecía impasible, contemplándola apoyado en un mueble, con piernas y brazos cruzados, al oír que el profesor, en vez de acudir a auxiliarla, decía: "Otra vez, otra vez", se recogió las faldas con ambas manos, subiéndoselas hasta más arriba de las rodillas, bajó las escaleras en dos saltos y se encerró con el visconde.

—Ya estoy harta de esta comedia absurda. Esto no es lo que convenimos, y me niego a seguir aprendiendo buenos modales.

—Usted me prometió ser discreta, Nanón.

—Pero no le prometí romperme el bautismo.

—Si usted se pisa las faldas, es

porque no sabe llevarlas, y es preciso que aprenda. ¿Cómo va a ser presentada en sociedad una muchacha que sólo sabe andar cuando lleva al aire toda la pierna?

—Bueno, bueno. Seguiré las lecciones. Pero si no acaban pronto, me volveré atrás de lo que he pactado con ustedes. Y si se enfadan, a mí ¡plim!

El profesor se llevó las manos a la cabeza.

—¿Por Dios, señorita! ¿Qué significa eso de "plim"? Se dice: eso a mí me es indiferente. Está usted en un palacio condeal, no lo olvide usted.

—¿Bah! Que le den a usted para el pelo.

—¡Horror!

—Tiene razón el profesor, Nanón. Ha de suprimir usted ese lenguaje. Piense que cuanto más tarde usted en aprender, más se prolongarán estas lecciones que tanto la molestan. Vamos, pida usted una excusa al profesor y siga atentamente sus instrucciones.

La sesión fué dedicada especialmente a los saludos. Unos eran dirigidos a damas ancianas, otros a jóvenes de su clase, otros a personas de la familia real.

A la hora de lección, Nanón comenzó a sudar. Todo le picaba, todo le molestaba. La larga falda quitaba a sus piernas el aire que estaban acostumbradas a gozar y el corpiño la apretaba hasta la asfixia. Sudaba. El precioso vestido comenzaba a parecerle detestable. Se lo hubiera quitado allí mismo y lo habría arrojado por la ventana.

Se sentó y, abriendo un hueco entre el borde del escote y su blanca carne, se abanicó de modo que al aire penetrara por el resquicio y refrescara partes de su cuerpo que también tenían derecho al bienestar.

La reprendió el profesor de ceremonias.

Nanón, entonces, viendo que no podía buscar el fresco por arriba, lo buscó por abajo, arremangándose

las faldas hasta más arriba de las rodillas.

El visconde y el profesor se arrojaron sobre ella como fieras.

—¡Abajo esas faldas!

Nanón, indignada, comenzó entonces a abanicarse con tanta fuerza, que rompió el abanico.

—¡Tampoco, tampoco! — protestó el técnico—. Una cosa es abanicarse y otra levantar un huracán.

—¡Déjenme en paz! Hoy no estoy para lecciones. Hoy no estoy para hacer las cosas a ese medio tono que ustedes me exigen. ¡Necesito hablar fuerte, abanicarme fuerte, reír a carcajadas, gesticular, saltar, dar puntapiés a las cosas!...

Y allí terminó la lección, por aquel día.

\*\*\*

El profesor miraba a Nanón con extraña fijeza. Nanón conocía bien aquella clase de miradas, vista tantas veces en el "Chien qui fume", cuando bailaba aquello de "Toma del frasco".

El técnico de los modales había sentido desde el primer día una viva inclinación hacia aquella flor virginal y selvática. La seriedad de su cargo le obligó siempre a dominarse, logrando imponerse a la tenta-



ción. Pero el entusiasmo había ido en aumento y tales proporciones tenía ahora, que el profesor comprendió que estaba perdido.

Aquella mañana, la flor estaba más bella que de costumbre. Al segundo ejercicio, el profesor no era ya dueño de sus actos.

Nanón había exclamado:

—Cada vez estoy más harta de esta pejiquera.

Y el profesor aprovechó esta oportunidad.

—Tiene usted razón, señorita —dijo, acercándose lentamente a ella. —Todo esto es innecesario. Hay en el mundo cosas más importantes que los modales.

Nanón se quedó perpleja. Miró al profesor con los ojos muy abiertos. Jamás hubiera sospechado que un maestro del "medio tono", de la rigidez y de la cortésia, pudiera adoptar aquella actitud que le daba cierto parecido con los chimpancés.

—Cuando se es tan bonita y tan seductora como usted—añadió mirándola a los ojos fijamente y ya muy de cerca—, sólo se necesita aprender una cosa: la vida, el amor. Confíese a mí, y yo le daré esta lección tan bella.

Y tendió la mano osadamente hacia el cuello de Nanón.

Apenas se estableció el contacto, como si el profesor hubiera oprimido un fatal resorte, la mano de Nanón se levantó, trazó un amplio semicírculo y fué a chocar ruidosamente con el rostro del profesor.

Pero éste estaba ciego, y un bofetón era insuficiente para volverle a la realidad. Por eso se abalanzó sobre la discípula, y, quieras que no, la dió un abrazo que amenazaba no terminar nunca.

Lo que sucedió entonces en el salón del palacio condal, sólo las plumas acostumbradas a escribir novelas de guerra podrían describirlo acertadamente.

Maestro y discípula rodaron por el suelo. El varón llevaba la peor parte. Nanón atacaba con manos y pies, y cuando la víctima lograba parar un directo, un puntapié en la rótula le obligaba a atender al ataque de las armas inferiores, momento que aprovechaba el enemigo para disparar los proyectiles de los puños.

—Basta, Nanón, basta. Ha sido una broma.

—¡Peor aun! Yo no tolero bromas de nadie.



Y continuó propinando puñetazos y puntapiés.

Felizmente para el profesor, el vizconde llegó en este momento y se apresuró a librarle de Nanón.

—Pero, ¿qué es eso, Nanón?

—Déjeme usted, déjeme usted... Estaba dando una lección de urbanidad a ese sinvergüenza.

Infundía lástima el aspecto del profesor. Revueltos los cabellos, desgarrada la pechera de la camisa, sucias de polvo las ropas, con un ojo encarnado como un pimiento.

Todo lo comprendió el vizconde, el cual felicitó entonces a Nanón y censuró al profesor duramente.

—Mañana, vuelva usted a "entrar por uvas"—exclamó la joven.

—Eso no, Nanón — protestó el vizconde—. Nada de "uvas". Se terminaron las palabras de apache. Esta noche será la presentación en sociedad. La condesa, satisfecha de sus últimas demostraciones, ha preparado para esta noche la gran recepción. Sólo con recordar todo lo que ha aprendido, hará usted un buen papel.

Al oír estas palabras, el profesor se dió cuenta de que su misión había terminado, y se escabulló para ir adonde pudiera reparar los

desperfectos sufridos en la última y trágica lección.

Al saber Nanón que el suplicio había terminado, lanzó un gran suspiro.

—¡Gracias a Dios!

Y en seguida hizo una pregunta, en la que otras muchas veces había pensado:

—Oiga usted, ¿es viejo el hombre que he de enamorar?

—Sobre eso no puedo decirle una palabra, Nanón. Ya lo verá usted esta noche.

—Estoy segura de que será viejo y feo. Por algo me pagan ustedes a tan buen precio el trabajo.

—Ya lo sabe usted. Esta noche, a las ocho, debe estar usted arreglada. La condesa la acompañará al salón cuando comiencen a llegar los invitados, con objeto de que se vaya acostumbrando usted al ambiente. Cuando estén todos, incluso "él", será usted presentada.

—¡Oh, me temo que voy a estar muy emocionada!

—Nada tema usted. Me tendrá siempre cerca, y cualquier duda que tenga, la podrá consultar conmigo... Ya lo sabe usted, a las ocho.

Y se fué, dejando a Nanón enajenada.

V

Cuando Gustavo contó al embajador lo que le había sucedido con Diana, el barón tuvo un gran disgusto. El engaño de que había sido víctima aquel joven a quien quería como un hijo, le pareció una ofensa inferida a su honor.

—Has hecho perfectamente — dijo — en romper en el acto tu compromiso matrimonial. Pero te has ido demasiado de la lengua. La condesa es un enemigo temible. ¡Es tan influyente!... Jamás le ha negado nada el Emperador... Dios quiera que no haya resuelto vengarse.

Cuando, quince días después, re-

cibieron la invitación de Diana para la gran fiesta, Gustavo se negó a aceptarla; pero el embajador le obligó a rectificar.

—Es preciso que vengas. ¡Pobre de ti como le hicieras este nuevo desaire!

—¿Cómo voy a aceptar la invitación de una mujer que me ha inferido tan gran ofensa?

—Tú no aceptas nada, Gustavo. Acepto yo, y tú, como eres mi secretario, vienes conmigo en misión oficial.

—Está bien. Gustavo protesta, pero el secretario obedece.

\*\*\*

Ya comenzaban a afluir los invitados, cuando el vizconde se presentó en la cámara de Nanón. Estaba espléndida. El vizconde, orgulloso de su triunfo, se dijo que en hermosura y gentileza, no sólo igualaría a las damas de la aristocracia, sino que las superaría.

—¡Bravo, Nanón! Tendrá usted un éxito.

Pero en seguida hubo de sufrir un disgusto. Nanón, que estaba vestida desde hacía una hora, comenzaba a experimentar los efectos del calor.

—Cada vez tengo más calor en el cogote. ¿Quiere usted soplarme?

—¡Ya lo ha echado usted a perder! ¿Le parece a usted bonito pedirle a un caballero que le sople en el cogote?

—En mi habitación, puedo hacer lo que quiera.

—En su habitación y en todas partes, ha de ser usted muy formal. Si pone un poco de voluntad, tendrá un gran triunfo. Además, no olvide usted un momento que aca-

ba de salir de un pensionado.

—Seré todo lo que usted me aconseja que sea, pero antes de salir, haga el favor de rascarme la espalda. Estoy tan emocionada, que me pica todo.

—¿Es usted imposible!

—¿No me quiere rascar? ¡Mejor! ¡Poquito que me gusta a mí rascarme contra las puertas!

Y se fué a la puerta, aplicó la espalda a la jamba e imprimió a su cuerpo un movimiento de "sube y baja", que ofrecía violento contraste con la riqueza de su vestido.

—¡Espantoso! Si repite usted la suerte en el salón, me verá salir de cabera por una ventana.

—¡Oh! ¡Qué bien me siento ahora!

—Menos mal. ¿Podemos dirigirnos ya al salón?

—Estoy dispuesta, vizconde.

—Ahí va mi brazo, encantadora Nanón.

Entre los escasos invitados que había en la sala, se produjo un movimiento de expectación cuando el



criado anunció al vizconde y a la "protegida" de la condesa.

Nanón tendió la mano a los que estaban más próximos, cruzó con ellos algunas palabras y luego se acercó, siempre acompañada del vizconde, a Diana.

La condesa se mostró muy satisfecha.

—Está usted encantadora, Nanón. Le auguro un gran éxito.

Y mientras Nanón hablaba con la que hasta entonces había sido la interlocutora de la condesa, ésta preguntó al vizconde:

—¿Cree usted que Gustavo se decidirá a venir?

—¡Vaya si vendrá! —repuso el vizconde—. Ningún diplomático puede permitirse desdeñar una invitación de usted. Aunque él se haya negado en un principio a acudir, el embajador le habrá hecho entrar en razón.

En este momento anunció un criado:

—Su excelencia el barón de Holdberg y el señor conde de Arnim.

—¿Usted ve, condesa?—sonrió el vizconde.

—Es usted admirable.

El vizconde hizo una seña a Na-

nón, y ésta, comprendiéndola en seguida, se alejó del lado de la condesa.

El embajador se fué rectamente hacia Diana, con la sonrisa en los labios, una sonrisa que batía el record del convencionalismo.

Como si nada hubiera sucedido, la condesa tendió la mano a Gustavo.

—¡Qué placer volver a verle, mi querido conde de Arnim! Creí que me había usted olvidado ya.

Vació un momento Gustavo, pero un gesto del embajador le decidió a contestar:

—Usted es inolvidable, condesa.

Entretanto, Nanón iba de un lado a otro con desenvoltura.

La emoción de los primeros momentos había desaparecido. No temía a nada ni a nadie y todo le inspiraba curiosidad.

¡Era aquello tan nuevo, tan magnífico!

Sorprendió miradas admirativas de varios caballeros, y otras de envidia de algunas damas.

Oyó de súbito un piano, mejor dicho, reparó de pronto en que se tocaba un piano en la sala, pues sonaba desde hacía rato.

Buscó al vizconde con la mirada



## L A M E L O D I A D E L A M O R

y lo halló a pocos pasos de ella, cumpliendo su misión fiscalizadora.

Se acercó a él disimuladamente y le preguntó la causa de que sonara un piano antes de comenzar el baile.

—Para el baile vendrá una orquesta. La misión de este pianista es hacer más grato el ambiente durante los preliminares.

Nanón se separó del vizconde muy satisfecha y se fué derechamente hacia el pianista.

La música la encantaba. Por algo era artista. Y, desde que llegara al palacio de la condesa, no había oído una sola nota.

El piano era magnífico: un piano de concierto por su sonoridad, y de cámara regia por su presentación. Tenía incrustaciones de nácar y oro. Estaba decorado por magníficos dibujos.

El pianista, un muchacho joven y de mirada lánguida, tocaba con el mismo entusiasmo que si estuviera en una sala de conciertos.

Por un momento, Nanón se olvidó de dónde estaba. La música despertó en ella recuerdo del "Chien qui fume".

Se acercó, apoyó los brazos y me-

dio cuerpo sobre el piano y preguntó ingenuamente al pianista:

—¿Conoce usted el "Pica, pica, picadillo"?

El joven artista la miró con estupor. Su arte era exquisito, un arte de salón, y aquella joven le hablaba de algo que oía a bajos fondos de Montmartre.

—No sé de qué me habla usted, señorita.

—¡Parece mentira! ¡Un couplet tan lindo!

El vizconde, que lo había oído todo, acudió en seguida a poner remedio a la situación, y comenzó a dar vueltas al piano, para que Nanón le viera y llamarla al orden con un gesto.

Pero Nanón estaba tan entusiasmada con su "Picadillo", que no reparaba en el vizconde, y éste sudaba la gota gorda, viendo que la situación se agravaba por momentos.

—Usted, sin duda, es un pianista de iglesia.

—Soy un pianista de salón, señorita.

—Es lo mismo. Para mí, el que no conoce los couplets de moda, no es buen músico ni buen aficionado

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

a la música... ¡Tan precioso como está... Lo aprendí cuando estaba...

El visconde masticó la catástrofe. Nanón iba a nombrar el "Chien qui fume".

Feliamente, levantó entonces la cabeza, vió el semblante aterrado del visconde, comprendió y tuvo tiempo de reaccionar y rectificar:

—Cuando estaba en el pensionado...

Y para desvanecer el mal efecto que hubiera podido producir al pianista, le pidió otra canción menos pica, pica, pícarasca.

—¿Y la Melodía del Amor? ¿La conoce usted?

—Sí, señorita.

—Haga el favor de tocarla y la cantaré. Como es tan delicada, usted la interpretará muy bien.

No consultó con la mirada al visconde. No se hubiera resignado a desaprovechar aquella ocasión de lucimiento que se le ofrecía.

El visconde, por su parte, no vió ningún mal en que Nanón cantase una canción seria, que bien podía haber aprendido en un pensionado.

Comenzó el pianista a teclear el acompañamiento. Con la cabeza dió entrada a Nanón y moduló la primera palabra del canto.

Los que estaban cerca, se dispusieron desde el primer momento a prestar atención. La voz de Nanón era muy dulce y agradable, y desde las primeras palabras demostró que vocalizaba y expresaba con la misma corrección y dulzura.

Poco a poco fueron acudiendo los invitados, atraídos por aquella voz y aquel canto.

Uno de ellos, Gustavo, se acercó hasta que el piano le impidió seguir aproximándose. Se sentía profundamente cautivado por aquella melodía y por el sentimiento de la cantante. La hermosura de Nanón le fascinó más todavía. Era una mezcla de bellezas que hasta el más insensible se hubiera conmovido.

Nanón estaba ausente de todo. Absorta en su canto, su corazón latía de acuerdo con las variaciones de la melodía amorosa. Perdida la mirada en una lejanía remota, sentía y no veía. Todo en ella habíase convertido en sentimiento. Oyéndola, era imposible no amar al amor.

Dominada por aquellas altas emociones, elevada por aquel sublime amor, estaba más hermosa.

Al final se la escuchaba con un silencio religioso, nuevo en aquellos salones donde imperaba la in-

diferencia y el escepticismo. Todos estaban contagiados de la emoción de la música. Sólo el jadeo de alguna respiración agitada se oía, aparte el canto sublime.

Cuando terminó, estalló una salva de aplausos. Todos—y la condesa con más motivos que los demás—estaban entusiasmados.

Nanón pareció despertar de un sueño, volver al mundo por regiones ideales.

Y lo primero que vió al despertar fué la figura de Gustavo, muy cerca de ella, inmóvil, petrificado aún por la emoción y con los ojos fijos en ella.

Fué un grato despertar. El rostro de Gustavo, su figura gallarda, su cabello rizado y rubio, hicieron que a Nanón pareciera la realidad tan hermosa como el sueño de música y de amor.

Correspondió a la mirada, también ella seducida por el gentil oyente y espectador; pero la condesa cortó el diálogo de miradas.

Había juzgado aquel momento el más a propósito para hacer la presentación de Nanón, y, acercándose a ella, le dijo:

—Voy a presentarla. Desfilará por delante de todos los invitados.

Cuando lleguemos a "él", le apretaré el brazo.

No pudo evitar la artista un movimiento de emoción. Allí, entre aquella multitud, estaba el hombre al que ella tenía que enamorar. ¿Cuál de ellos sería? Y su mirada, instintivamente, se dirigió a un grupo de vejesterios que habían oído el improvisado concierto desde un extremo del salón.

—¡Siquiera, Señor, que no sea repugnante!—se dijo.

Y se dejó conducir por Diana al grupo más próximo. De aquél pasó al inmediato, y luego al siguiente. La condesa la llevaba cogida del brazo. Cada vez que saludaba a un hombre, la artista pasaba por un momento de angustia. ¿Será éste? Y estaba atenta a la presión que sentía en el brazo. Cuando el presentado era un hombre viejo o antipático, la angustia de la joven era mucho mayor, y lanzaba un suspiro de alivio al ver que los dedos de la condesa no aumentaban la presión.

Al fin, vió que se acercaban a Gustavo, el joven que tan grata impresión le había producido al terminar de cantar y verle tan cerca de ella, tan atento, tan entusiasma-



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

do; el joven de cabellos rizados y rubios.

¡Qué emoción! Ahora le estrecharía la mano, oíría su voz. ¡Oh, si él supiera a lo que ella había ido allí!

Le horrorizó la idea de tener que desempeñar su papel en presencia de aquel joven. ¿Qué pensaría de ella? ¿Qué diría al verla hacerle el amor a un hombre viejo? Toda la ilusión que con su canto pudiera haber despertado en él, se desvanecería.

Acercóse, conducida por la condesa, con el corazón estremecido.

—La señorita—dijo a Gustavo—se asoma por primera vez al mundo. Acaba de salir de un pensionado...—y después, dirigiéndose a Nanón—: El conde Gustavo de Arnim.

Al mismo tiempo hizo la señal convenida.

Tal fué la emoción de la muchacha al saber que era aquél el hombre al que había de conquistar, que se le cayó el abanico.

Gustavo se lo recogió y le dijo al mismo tiempo que se lo recogía:

—No tengo palabras para expresarle cuánto me ha gustado su bonita canción...

—Celebro infinito que haya sido de su agrado...

—Tiene usted una hermosa voz, que es una cualidad más sobre las muchas buenas cualidades que usted posee.

En esto comenzó la orquesta y ellos tendieron instintivamente las manos, se enlazaron y siguieron los ritmos de la música.

La condesa se había separado prudentemente. En su retroceso halló al vizconde, que también espía-ba con curiosidad a la pareja.

—Enhorabuena, amigo mío—dijo Diana—. Ha tenido usted un verdadero acierto en la elección.

—En efecto—repuso el vizconde—. Me parece que Gustavo caerá en el lazo... si no ha caído ya.

Cuando el baile terminó, no se separaron. Continuaron uno al lado del otro. Se sentían atraídos por una viva e inexplicable simpatía.

Ahora sí que seguía Nanón atentamente los consejos que el profesor de ceremonias le diera; ahora sí que tenía interés en ser una mujercita distinguida, digna del conde de Arnim.

Toda la noche anduvieron juntos por los salones henchidos de luz, y si se separaban alguna vez, era pa-



ra volverse a reunir en seguida.

Varias veces se dieron el adiós definitivo y varias veces volvieron a encontrarse. Era como si el destino se negase a consentir aquella separación, después de los esfuerzos que había tenido que hacer para unirlos.

No dudó Gustavo, ni por un momento, que Nanón era una colegiala recién salida del pensionado. Su ingenuidad era digna de quien acababa de asomarse al mundo.

En cuanto a Nanón, se dijo que no habría de hacer el menor esfuerzo para representar su papel. Enamorar a aquel hombre, era algo que

huliera hecho aunque no estuviese dentro de los planes de la condesa.

Cuando el baile terminó y los invitados se dispusieron a partir, el joven dijo a Nanón:

—Espero que su estancia en París le será agradable y durará mucho. ¿Puedo confiar en que la volveré a ver?

—A buen seguro—repuso Nanón discretamente—. Tenemos amistades comunes.

Y, al estrecharse la mano, se dijeron con los ojos mucho más de lo que habían podido decirse en toda la noche con palabras.



## VI

Al día siguiente, Nanón se instaló ya en la casa que le habían preparado. Una dama de compañía y varios criados y doncellas serían desde entonces los que la rodearían. El vizconde iría a visitarla diariamente, y la condesa con frecuencia, para enterarse de cómo marchaban las cosas.

En un principio, habían pensado que Nanón se alojara en el palacio de Diana; pero pronto vieron el inconveniente que para Gustavo representaría el ir a visitarla a la casa de su antigua prometida.

—No hay que oponer el menor obstáculo a este amor. Quiero ver realizada mi obra.

El vizconde nada contestó al oír estas palabras. Ya en un principio demostró no estar conforme con los proyectos de la condesa. Después,

sus críticas le habían hecho cambiar de opinión; pero ahora había vuelto la repugnancia del primer momento, al ver el cariz demasiado serio que tomaban las cosas.

El fué en busca de la mujer que Diana necesitaba, porque no sospechó nunca que los planes de la condesa dieran resultado. Dudó, en primer lugar, de que fuera posible hacer pasar a una muchacha del arroyo por una damita de la buena sociedad, aunque para ello interviniera el mejor maestro de ceremonias.

Además, aun en el caso de que este absurdo se realizara, no podía creer que Gustavo se enamorase de ella. ¿Como si un hombre amara a la primera mujer que se presentara a sus ojos! Por otra parte, bastaría que Nanón se propusiera conquis-

—¿Por qué me habías así?



—...langostinas, un pichón estofado, frutito del tiempo, compote de melocotón...



— 46 —  
Se acordó con el vicario.



— 47 —  
Se acordó con el vicario.





Fueron acudiendo las invitadas, atraídas por aquella voz y aquel canto.



— Cuando lleguemos a él le prestaré el libro.



Cuadru le retró el abanico.



Se enlazaron y siguieron los ritmos de la música.



Pensó tristemente, mientras conden-  
maba al agua, en aquel rostro virginal



¡Qué dicha se sintió Nadón al recibir aquella carta, que iba acompañada de un ramo de flores!



Se amor te se despoço a minhã,



Giuliano levante-se logo mirando a Nêcoli amorosamente.



cușierii și alții și apoi jantului și alții, simțind că...

Nanonă a găsit mereu o femeie  
treacă.



cu mure, de un mureș și a mureș...



— Oufse! Iată, pară de amaba întâi!



— La Melodía del Amor —



— La Melodía del Amor —

tarlo, para que él no se dejara conquistar. Así había sucedido siempre en cuestiones de amor.

Todas estas reflexiones decidieron al vizconde y gran chambelán a hacer a la condesa aquel servicio que tan espléndidamente había de pagarle.

Pero ahora, obtenido ya el pago y ante la gravedad que el asunto había adquirido, era presa de arrepentimiento.

Sin embargo, acosado por Diana, no tuvo más remedio que acceder a un nuevo plan que la condesa había concebido.

Se trataba de dar una fiesta en el

yate que el vizconde poseía y que estaba anclado en el Sena. Invitarían a Gustavo y harían acudir a Nanón. El yate ofrecía rincones propicios para las confidencias amorosas, y era casi seguro que no terminaría la fiesta sin que hubieran pactado un compromiso de amor.

El vizconde, comprendiendo que aquel proyecto aceleraría el tremendo fin, aventuró alguna excusa; pero la condesa echó mano de sus argumentos irrefutables: las caricias.

Y ya estaba el yate preparado, y ya se habían repartido las invitaciones.

• • •

Otra vez se había reunido el consejo de la embajada. El Emperador había concedido una nueva audiencia al representante de Suetania, y por segunda vez se había recibido un comunicado regio, que el embajador expuso a sus subordinados con estas palabras:

—Nuestro Rey, señores, insiste

en sus deseos de que nuestras relaciones con Francia sean verdaderamente cordiales, y es preciso que nos esforcemos por complacerle. Por tanto, he pensado que mañana, durante mi conversación con el Emperador de Francia...

Entretanto, el secretario se entregaba a audaces vuelos mentales. Co-



mo en el otro consejo, el recuerdo de una mujer le absorbía; pero de modo muy distinto. Entonces pensaba en Diana con amargura, porque le había anunciado que no asistiría con él al baile. Ahora era Nanón la que absorbía su pensamiento, a la vez que una invitación del vizconde le infundía la hermosa esperanza de hallarla horas después en un palacete flotante sobre el Sena...

¿Iría? La duda hacía aún más sabrosa la esperanza. ¡Oh, qué distinta una de otra! ¡Qué distinta la pérdida Diana de la encantadora y cándida Nanón!

El embajador le dirigía miradas severas; pero Gustavo no lo advertía. Estaba demasiado lejos de allí para que pudieran llegar hasta él las miradas del barón. Y éste había de recurrir a procedimientos más eficaces. Por debajo de la mesa, le daba un fuerte puntapié. El efecto

era inmediato. Gustavo volvía a la realidad y seguía con forzada y exagerada atención unas cuantas palabras del embajador; pero en seguida volvía a irsele el santo al cielo.

También esta vez la conferencia se prolongó tanto, que Gustavo llegó a anhelar que se terminara; pero en vista de que el fin parecía alejarse cada vez más, se puso en pie y dijo decididamente:

—Siento dejar a ustedes, pero estoy invitado por el conde de Pinot a una fiesta que da en su yate, y, por ser quien es, no me parece conveniente desairarle.

Al oír el nombre del gran chambelán, el embajador halló muy natural el proceder de Gustavo, y así fué como éste pudo librarse de aquel tormento para dirigirse hacia la gloria de la fiesta en la que esperaba encontrar a Nanón.

\*\*\*

En medio del Sena resplandecía el iluminado yate como un inmenso fanal.

En ligeras barquillas, que surca-

ban la superficie con aletear de remos o en raudas canoas que dejaban una estela de espuma, iban llegando los invitados.

## LA MELODÍA DEL AMOR

Gustavo fué en una de estas últimas, y hubiera volado, a serle posible. Ardía en deseos de llegar. Jamás, ni en sus años de estudiante, había sentido una atracción tan viva hacia una mujer.

Al primero que halló en el yate fué al visconde.

Después de saludarle, se dedicó a buscar a la mujer que tan rápida y vivamente le había interesado. Los demás no le importaban. Nada que no fuera Nanón tenía interés para él aquella noche.

Dió una vuelta entera por el yate. Pasó de zonas luminosas y de salones henchidos de multitud a penumbras discretas y a rincones solitarios.

Al fin, cuando ya había recorrido todo el yate, se detuvo en cubierta, debajo del puente, apoyado en la borda.

No estaba Nanón. Había fracasado en sus esperanzas. Todo había sido, a buen seguro, un "flirt" más, una amistad de una noche. Y aquella ilusión y aquella esperanza, pasarían sin dejar rastro.

Pensó y pensó tristemente, mientras contemplaba el agua, en aquel rostro virginal, y se lo imaginó cantando la "Melodía del Amor", con

los ojos entornados y el corazón en los labios, mezclado a las palabras del canto fervoroso.

De pronto, le pareció ver en la superficie del río el rostro de Nanón. Hasta tal punto le absorbía el recuerdo de aquella mujer, que la veía en apariciones. ¡Y qué real estaba! Sonreía, correspondía a su mirada...

Después vió algo que le llamó la atención: estaba como apoyada en la baranda de un puente. Esto le impidió seguir creyendo que se trataba de una alucinación y levantó la cabeza hacia el puente del yate.

En efecto, allí estaba Nanón.

—¡Oh, Nanón!—exclamó con un goro que no supo disimular.

Nanón le saludó con la mano alegremente y bajó a la cubierta.

También ella le esperaba. Se había instalado allí para dominar toda la cubierta y tener la seguridad de que le vería cuando llegara.

Nada de esto dijo Nanón a Gustavo; pero él lo adivinó en sus ojos y exclamó lleno de júbilo:

—¡Oh, Nanón! Creí que no había venido usted... y estaba triste.

—Estaba en el puente, para dominar mejor el río.

—¿Ama usted al Sena?

—Amo al agua. Por eso prefiero el mar. El mar tranquiliza el ánimo y su inmensidad convierte nuestros problemas en poquitos.

—¿Sería una indiscreción preguntarle si tiene usted problemas?

Hubiera dicho que sí, pero se contuvo. Tanto en este encuentro como en el anterior, Nanón no había pensado un momento en los planes de la condesa, es decir, en que estaba representando un papel, pues era lo cierto que no desempeñaba papel ninguno. Ella obraba así porque se sentía feliz al lado de Gustavo. Junto a él, lo mismo ahora que la noche de la presentación, se olvidaba de todo lo que la había conducido allí. Se olvidaba de papá Pierre, y del cabaret, y de su condición de artista. Su corazón ilusionado le presentaba como una realidad lo que era una farsa.

La comedia que estaba representando, le parecía ya algo íntimo e impropio de ella. Iba a hacer desgraciado al hombre que ya amaba. De un lado, sentía la tentación de confesarle toda la verdad, pero de otro, su deseo de conservar a Gustavo, la movía a seguir mintiendo.

Por eso ahora hubiera contestado

que sí, que tenía problemas, y por eso hubo de violentarse para responder:

—¿Qué problemas puedo tener yo, pobre de mí? ¿Acaso usted los tiene?

—Tampoco. Los tuve, pero ya no hay problemas para mí en el mundo. Todo me parece alegre y agradable. Los problemas se han solucionado.

Frente a ellos estaba la orilla del río, marcada por una línea de débiles luces, y más allá, la urbe iluminada.

De súbito llegó hasta ellos algo semejante a un sollozo o a un suspiro. Eran los violines del sexteto, que trenzaban melodías en los salones del yate.

Se contemplaron. Aunque nada se dijeron, de mirada a mirada, se entabló el siguiente diálogo:

—¿Le parece que bajemos a bailar?

—¿Lo desea usted?

—No, yo estoy mejor aquí.

—Yo también.

Y dejaron que la música siguiera enviándoles el eco de sus lamentos.

Estaban aislados y había poca luz en aquel lugar.

De vez en cuando, pasaba por allí



algún invitado, que, prudentemente, evitaba el saludarles.

Con todo, estaban cerca de la zona luminosa de la cubierta, y los invitados les veían y hacían comentarios.

Uno de ellos, la condesa Diana, había dicho al vizconde:

—Veo que mi plan marcha a maravilla.

Y entonces repuso el gran chambelán:

—Demasiado bien, Diana. Temo que las cosas nos lleven más lejos y tengan más trascendencia de lo que yo creía.

Había sido sincero por primera vez. La condesa rió de buena gana ante aquello que para ella era un temor infantil.

Y ofreció el brazo al vizconde, al mismo tiempo que le dirigía una mirada llena de promesas.

Pero esta vez el vizconde no se dejó aturdir por aquella mirada. Seguía temiendo, seguía preocupado por el fin que pudiera tener la imprudente aventura.

Nanón y Gustavo continuaban absortos en ellos mismos. Hablaban lentamente, con largas pausas entre frase y frase. Mucho se habían dicho ya con las miradas, pero los

labios continuaban callando cobardemente los íntimos sentimientos.

De súbito, preguntó Gustavo:

—A usted, el agua le produce una sensación de inmensa serenidad; a mí me infunde un deseo de cantar canciones de amor y nostalgia. En los puertos pequeños, donde el tráfico mercante no convierte a los muelles en un laberinto, donde las grúas dejan de funcionar a la caída del sol para dormir durante toda la noche, donde los barcos son pequeños y abundan los de vela, se suelen oír por las noches canciones que acompaña un acordeón. Comprendo perfectamente esas canciones. Yo también, si fuera marino, llevaría conmigo un acordeón y de noche, en las tinieblas de proa, tendido en el suelo y con la mirada fija en los astros, entonarías cantos de amor, aunque no tuviera a quien amar, y cantos de nostalgia, aunque nada añorase. Nada tiene que ver en esos momentos la razón ni la lógica: es sólo el amor el que canta...

Estaba Nanón aturrida por la extraña música de aquellas palabras, en las que tampoco la razón intervenía. Sólo el corazón se manifestaba en ellas.

No sabía qué responder, pero no le importaba. En aquella noche, y en aquel instante, encontraba al amor una extraña poesía.

—¿Canta usted esta noche, Nanón?

—Cantaré, si usted me lo pide.

—Entonces, se lo pido. Pero oiga, quiero pedirle algo más: quiero que cante usted aquí, en esta paz, en esta penumbra, bajo el universo infinito y sobre las aguas en calma.

—Cantaré aquí.

—Y quiero más aún: soy insaciable. Quiero que cante "La Melodía del Amor".

—Cantaré "La Melodía del Amor".

En cubierta no había nadie. Todos habían acudido al esplendor de los salones, como las mariposas a la luz. El momento era propicio.

Gustavo fijó la vista en el agua y Nanón moduló la primera nota, larga, tenue, dulcísima... Poco a poco la cantante fué sumiéndose en el canto y éste adquiriendo una intensidad conmovedora. Las notas y las palabras iban de corazón a cora-

zón. La artista pasaba por las incidencias de la historia lírica y se la veía llorar y crispar los dedos, y se la veía sonreír y enlazar las manos fervorosamente.

Gustavo iba también por aquel mundo de amor imaginario, sujeto a las incidencias de la canción. Su corazón gozaba y sufría alternativamente, su corazón... amaba.

Se perdió la última nota y la última sílaba en el silencio de la noche, sobre la calma magnífica de las aguas del río.

Gustavo y Nanón volvieron a la realidad y, sin saber cómo, se encontraron unidos por las manos y por las miradas.

Fué Gustavo acercando lentamente su rostro al de Nanón, y cuando los labios estaban tan cerca de los labios que era imposible hablar sin que los alientos se confundieran, dijo él:

—Recojo las palabras de la melodía, Nanón... ¡La amo a usted!

Y la rodeó con sus brazos... y Nanón recibió el primer beso de amor de su vida.



VII

¿Cómo se las había arreglado la condesa? Ni el mismo vizconde lo sabía. Lo cierto es que Gustavo y Nanón estuvieron una semana sin verse.

La condesa sabía que, en determinados momentos, nada aproxima tanto a dos personas que se aman como una separación.

En las lides de la pasión, nadie aventajaba a Diana. Tenía de ellas un conocimiento profundo. La práctica es el mejor maestro en las cosas del corazón.

El vizconde se mostraba cada vez más arrepentido y atemorizado.

—Desista usted, Diana—había dicho a la condesa—. Busque usted otra venganza menos dura. ¿No comprende que llevamos a Gustavo a una catástrofe? No podrá sobrevivir al final de la tremenda aventura. Piense usted también que la

desesperación puede inducirle incluso al crimen. El escándalo podría tener incluso consecuencias internacionales.

—Nada ni nadie me hará desistir de mi propósito. Por grande que sea el castigo, aun lo desearía mayor. Gustavo es el primer hombre que ha osado insultarme y desdeñarme. No podría vivir con esta humillación. ¡He de vengarme! ¡Con qué placer le diré, llegado el momento: "Esa esposa a la que tú llamas santa, es una mujer de la calle"!

Y le brillaban insanamente los ojos, y había en su risa algo siniestro.

Comprendió el vizconde que nada lograría por aquel camino, y decidió buscar la solución por otro. Iría a ver a Nanón... Le diría... No lo sabía aún, pero estaba seguro de que Nanón le comprendería.



\* \* \*

Gustavo ardía en mortal zozobra. No podía ver a Nanón. Todos sus intentos eran inútiles. Iba a su casa y no estaba, preguntaba a los amigos y no sabían nada de ella. Un día, incluso se aventuró a ir al palacio de Diana. Pero tampoco consiguió verla.

¿Se habrías marchado para no volver?

Esta sospecha nació de súbito en su mente, pero se desvaneció con la misma rapidez. No podía dudar de Nanón, aunque se lo propusiera. Sus cándidos ojos, sus blancas e inocentes manos, le habían infundi-

do desde el primer momento una confianza sin límites.

Por eso, en vez de buscar la causa de aquella inexplicable desaparición, la buscó a ella.

Por fin, después de una semana de lucha, se enteró de que Nanón estaba en su casa y, como si tuviera miedo de volverla a perder, le escribió esta carta:

*Mi amada Nanón: Comprendo que no puedo vivir sin usted. Hoy tendré el placer de visitarla para pedirle que sea mi esposa.*

*Su más rendido admirador,*

*Gustavo*

\* \* \*

¡Qué dichosa se sintió Nanón al recibir aquella carta, que iba acompañada de un ramo de flores!

Un largo rato estuvo con ambas cosas entre los brazos, apoyándolas amorosamente sobre un pecho, recostada en un sofá de su cámara.

Después de la separación impues-

ta por la condesa, aquella confesión y aquellas flores la hacían olvidar todas las zozobras pasadas.

—¡Qué hermoso es amar, Gustavo!—decía, como si estuviera él delante—. Yo no había amado nunca y no podía sospechar que fuera esto tan inmenso, tan glorioso. Ahora

comprendo la vida. "Vivir... vivir— me decía antes — ¿Para qué?" Y ahora lo comprendo. Ahora me digo: "Vivir... vivir... ¡para amar!"

No sabía el tiempo que estuvo así.

De súbito oyó el rodar de un coche que cesaba de pronto ante la puerta de su casa.

Se puso en pie de un salto. Llamó a una doncella.

—¡Pronto! Mi mejor vestido. Y diga usted que si es el conde de Arnim, que espere un instante. Háganlo pasar a la antecámara.

Ayudada por la doncella, se vistió y se compuso en un santiamén. Se miró y remiró en el espejo. Y sólo cuando se convenció de que estaba hermosa, despidió a la doncella y fué ella misma a abrir la puerta que comunicaba con la antecámara.

Recibió una sorpresa desagradable. No era Gustavo: era el vizconde...

Detrás del rostro inalterable del aristócrata, creyó Nanón percibir una huella de preocupación y ello aumentó su impresión de desagrado.

—Hemos de hablar muy seriamente, Nanón.

Se sobresaltó la joven. ¿Qué in-

fausta nueva iría a comunicarle el vizconde en aquellos momentos de felicidad?

La hizo sentar y se sentó frente a ella.

—Hable usted con entera sinceridad. También yo le seré muy franco. Necesito que me comprenda usted.

En los ojos de Nanón había un resplandor de ansia.

El vizconde comenzó por decir:

—Nanón: usted está enamorada, ¿verdad?

—Sí, y él también.

—Y se aman ustedes mucho. Tanto, que...

—Hemos hablado ya de matrimonio—se adelantó Nanón—. Mire usted. Acabo de recibir una carta en que me pide que sea su esposa.

—Ya ve usted. Todavía han ido las cosas más deprisa de lo que yo creía y deseaba.

—¿Qué mal puede haber en ello? Sonrió el vizconde.

—¡Pobre Nanón! Ahora me convenzo de que está usted enamorada de veras. La ciega el amor. No ve usted la realidad de las cosas. Todo pasa antes, y se desfigura, por su corazón de enamorada.

—¿Qué es lo que no veo y debí haber visto?

—Voy a ser cruel, amiga mía. Sé lo que mis palabras van a significar para usted. Pero no tengo más remedio que serle franco. La conciencia me domina y, más que yo, hablará ella.

Y añadió, sin valor para mirar al rostro a la desventurada:

—Ese matrimonio es imposible. ¿Olvida quién es usted?

Vió el vizconde que las manos de Nanón temblaban y la oyó responder con desgarrada voz:

—No lo olvido, aunque trato de olvidarlo. El recuerdo de la realidad me asalta con frecuencia... Pero yo me defiendo y logro rechazarle... Yo le amo. Yo no quiero pensar en nada más que en su amor.

—Sin embargo, es preciso que piense usted en lo demás. Después sería un mayor tormento... Nanón, esa boda no debe realizarse. Un conde no se puede casar con una artista de cabaret... Es una sinrazón cuyas consecuencias surgirían en seguida. ¿No comprende usted que al fin, él sabría la verdad? ¿No comprende usted que entonces la despreciaría?

Nanón se defendió aún:

—¿Le amo, le amo!

—Tanto peor. Cuanto más le ame usted, más doloroso le será el ver que la desprecia.

—Pero, ¿por qué ha de despreciarme? Yo le amo. Yo no soy mala —protestó Nanón, ya casi vencida.

—Para un hombre como Gustavo, la esposa no es solamente un objeto de amor. Ha de ser una compañera de clase, una mujer que tenga derecho a ir donde él vaya y que le dignifique. ¿Cree usted que cuando la verdad se descubra, le permitirán frecuentar los salones donde se reúne lo mejor de Francia? En esta sociedad en que usted vive ahora como intrusa, la nobleza de corazón juega un papel secundario; el principal corresponde a la nobleza de la sangre. Aunque se pudiera demostrar que era usted una mujer honrada, de nada le valdría. Seguiría usted siendo una artista de cabaret, y eso bastaría. ¿Cómo podría Gustavo ser el esposo de una mujer a la que todos volverían la espalda?

Las palabras del vizconde eran certeras. Como dardos se dirigían al corazón de la infortunada novia y se clavaban en él.

Nanón veía, comprendía ya. El



dolor era tan profundo, que la abrumaba hasta el punto de impedirle hablar.

Era como si al arrancar de su pecho a Gustavo se le hubieran llevado con él un trozo de corazón.

—¡Es horrible! ¡Es horrible!— clamó al fin—. ¡Lo único hermoso que ha habido en mi vida, me he de resignar a perderlo! ¡Dios mío! ¡Por qué me castigas así?

—Cálmese, Nanón. Usted es fuerte. Está acostumbrada a la lucha. Logrará olvidar.

—¡Jamás, jamás olvidaré!

—Sí, Nanón; siempre se olvida.

—¡Es que no quiero! Sería una ingratitud. Prefiero el dolor del recuerdo a la frialdad del olvido.

Y hubo una pausa en la que sólo se escucharon los sollozos de Nanón.

—Debe partir usted en seguida. Antes de volverle a ver. Será lo mejor.

Pero ella se irguió en una última protesta.

—Son ustedes los que nos han unido... Usted me trajo aquí... Y

ahora quiere que me vaya... ¡Ahora que toda mi vida y toda mi alma está aquí! ¡Oh, qué bárbara crueldad!

—Cierto, Nanón. He sido bárbaramente cruel. Perdóneme. Estoy sinceramente arrepentido.

E hizo un esfuerzo para añadir:

—Pero váyase. No hay otro remedio. Si ha de sufrir usted, sufra lo menos posible. El tormento de partir mañana, sería mucho más horrible que el de partir hoy. Créame. Le hablo con el corazón en la mano...

Y cogió fraternalmente las manos de la desdichada.

—¿Me promete usted que seguirá mi consejo? Píense que sólo busco su bien.

Movió Nanón la cabeza afirmativamente.

El vizconde estrechó aquellas manos con un vigor en que la piedad y el arrepentimiento se mezclaban y se apresuró a salir de aquella estancia en cuya atmósfera flotaba el dolor abrumadoramente.





Oyó el rodar de otro coche... ¡El! Ahora sí que no se equivocaba. Era él... ¡su Gustavo!

¿Qué hacer? ¿Huir?... Recordó las últimas palabras del vizconde y se dirigió hacia la salida. Era preciso no volverle a ver. Sería mejor. Cuanto más lo viera, más lo amaría—si es que podía amarle más de lo que le amaba—, y cuanto más le amara, más dolorosa le sería la separación.

Sí, huiría. Era preciso. Pero he aquí que sus músculos no respondían al mandato mental.

Ella quería irse, pero...

No, no eran los músculos; era algo muy íntimo y misterioso... una especie de subconciencia que parecía clavarla en el suelo.

Después oyó sus pasos. Oyó unos golpecitos en la puerta.

¡Oh! Estaba vencida, estaba perdida. Jamás podría huir de aquel hombre. ¡Habría de esperar a que él la dejara, o que él... la despreciara!

Esta idea le produjo el efecto de una convulsión. Fue como a un hipnotizado cuando le pasan la ma-

no por el rostro... Despertó... No, no la despreciaría, no daría motivo para que la despreciara.

Y ganó la puerta. Pero ya había abierto la otra Gustavo.

—Nanón...

Era su voz, aquella voz que la había adormecido la primera noche, aquella voz que en la cubierta del yate le dijo que la amaba...

Se detuvo, se volvió.

—Nanón... ¿Qué ganas tenía de verla! Esta semana me ha parecido un siglo.

Hablaba con voz trémula por la emoción.

Pero ella... ¡qué extraño!... se obstinaba en no alzar la vista del suelo, se retorció las manos...

—¿Ha recibido usted mi carta?

—Sí... sí—balbució ella.

Pero no le miraba. Debía de presentir que algo terrible había en sus ojos.

Y aun así, ¿qué bella estaba! Pálida, temblorosa... Semejaba una virgen.

De súbito, creyó entrever la causa de aquella agitación. ¡Era tan niña! Jamás le habrían hablado de

matrimonio. Es más, jamás le habrían dicho: "te amo". ¿Cómo no iba a alterarse aquel cándido corazón ante la gran confesión que él acababa de hacerle?

—Acaso he sido un poco... violento, Nanón... ¡Es usted tan joven!... Pero no he podido callar, no puedo callar...

Y se acercó a ella. Le cogió las manos.

—Nanón, la amo a usted como no he amado nunca. ¡Se lo juro!... ¿Quiere usted ser mi esposa?

—No, Gustavo, no — se debatió ella.

—¿Por qué, Nanón?

—No puede ser... no puede ser...

—No comprendo... ¿Acaso no es verdad que me ama?... ¿Acaso ha sido todo... un juego de niña?

—No, no ha sido un juego—exclamó ella desesperadamente—. Mi corazón no sabe mentir.

—¿Entonces?...

—No me pregunte nada... Olvíde-me, váyase...

—No la entiendo, Nanón; no me explico este cambio.

—Gustavo... Gustavo... — suplicó ella—. Sea usted siempre generoso y no me pregunte... Me tortura us-

ted... Jamás... jamás he sufrido como ahora...

El estaba indeciso.

meto que me irá después de oír su respuesta sincera... ¿Me ama usted?

—Una pregunta, Nanón. Le pro-

—Sí—repuso ella en el acto—. Le amo a usted.

Respiró Gustavo. Entonces, aquella agitación, aquel malestar, se debía a lo que él había previsto: el nerviosismo natural de quien por primera vez escucha la feliz demanda.

—No quiero saber más. Gracias, Nanón. Esperaré tranquilamente su respuesta. Reflexione usted serenamente—y añadió, entregándole una rosa blanca—: Si me manda usted esta rosa, será señal de que acepta. Y se fué.

Nanón tendió las manos hacia la puerta, como si quisiera sujetar aquel trozo de alma que se le iba para siempre.

Estuvo así un momento, inmobilizada y aturdida por el dolor. Después, dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo, retrocedió lentamente hasta hallar el obstáculo del sofá y se dejó caer en él sollozando.

—¿Gustavo... mi Gustavo!

VII

Pasó un minuto, dos...

De súbito, volvió a abrirse la puerta.

Nanón alzó la vista. Era la condesa.

No se enjugó los ojos, no procuró disimular su llanto. No le importaba que la vieran llorar. Nada ni nadie le importaba.

Diana se mostró muy sorprendida. No esperaba, ni muchísimo menos, hallar a Nanón en aquella actitud.

Estaba allí porque había ido en persecución de Gustavo. Entró poco después que él. Estuvo oculta hasta que supo que se había marchado.

Nada sabía aún de la carta, y es-

taba ansiosa por comprobar el resultado que había tenido el ardor de la separación.

Por eso espía a Gustavo, por eso le siguió, por eso se alegró al ver que entraba en casa de la artista.

¡Todo iba bien! Su estratagema había dado buen resultado. Después de la forzada ausencia, Gustavo se apresuraba a ir a visitar a Nanón apenas enterado de que estaba en su casa. A buen seguro que anhelaba cerciorarse de si ella le seguía amando; a buen seguro que el amor tantos días contenido se había manifestado arrolladoramente al hallar la válvula de escape.

Pero he aquí que cuando espe-



raha encontrar a Nanón radiante de felicidad, la hallaba llorando.

—¿Qué habría sucedido? ¿Debía ver en aquello un obstáculo para sus planes?

—¡Pero, Nanón! ¿Llorando? ¿Qué es eso?

—Nada, no es nada. Sencillamente, que ha terminado la comedia, que es hora de que me vaya. ¿No deseaba usted que Gustavo se enamorase de mí? Pues bien, ya se ha enamorado. Tenga. Convénzase.

Y le entregó la carta que había recibido de Gustavo.

La condesa la leyó ávidamente. Un malisano placer la dominó al ver que Gustavo hablaba de matrimonio.

—¿Esto es lo que la apena?

—No, señora, no. ¿Por qué ha de apenarme? Ha sido todo una farsa. Estaba convenido. Ahora me pagará usted y yo volveré a la vida de antes.

Hablaba aturdidamente, con feroz ironía, riendo y sollozando.

Diana sonrió. Tenía previsto lo que debía hacer si aquel momento llegaba.

—Nanón, no sufra usted más. Comprendo lo que pasa en su alma.

Estos juegos son peligrosos. Ha conseguido usted que Gustavo se enamorara, pero también su corazón se ha interesado. Eso no puede sorprender a ninguna mujer que sepa amar... eso no puede sorprenderme a mí...

Poco a poco, había ido levantando su mano, hasta posarla sobre los cabellos de la cuitada.

—No sufra usted más, Nanón... Me parece estar dentro de usted, me parece pasar por lo que usted está pasando. Felizmente, ha dado usted con una mujer de corazón.

Se llevó la mano a los ojos para enjugar unas lágrimas que no existían, y añadió:

—Convínimos en que su papel se reducía a enamorar a Gustavo. Verdad es. Pero también es verdad que no teníamos previsto este resultado. Por consiguiente, olvidemos lo convenido. ¿Ama usted a Gustavo? Pues bien, cásese con él.

En los ojos de Nanón, a través de las lágrimas, resplandeció la alegría.

—¿De veras?

—De veras.

—¡Oh, qué felicidad!

Pero en seguida acudieron a su mente las palabras del vizconde y



de nuevo empañó su semblante una nube de tristeza.

—No, no puede ser... Gustavo me despreciará cuando sepa...

—Nada ha de saber. ¿Por qué ha de saberlo? ¿Acaso se lo va usted a decir?

—No, pero...

—Este temor es absurdo. París es muy grande. Los diplomáticos son trasladados con frecuencia. ¿Quién sabe dónde estarán ustedes dentro de unos meses?...

—¡Oh! Si fuera así...

—Así será. Usted le puede inducir fácilmente a realizar el apetecido traslado. El no se negará. La ama a usted ciegamente.

—¿Verdad?—exclamó Nanón radiante.

—Verdad, hija mía, verdad. Jamás estuvo Gustavo tan dominado por nada ni por nadie.

—¿Qué feliz me hace usted!

Entonces reparó la condesa en las flores que estaban sobre el sofá.

—¿Son obsequio de él esas flores?

—Sí. El ramo me lo envió con la carta. Esa otra rosa servirá para expresarle mi decisión. Si lo acepto por marido, habré de enviársela. Si

no la recibe, lo tomará por una respuesta negativa.

—Bien, hija mía. Entonces, envíe inmediatamente esa rosa al conde de Arnim.

Reaccionó la joven. La mentira era muy grave. ¿No sería preferible hablarle con sinceridad, contárselo todo? Si la amaba de veras, la seguiría amando por encima de todo.

Lo consultó a la condesa. Esta se opuso con grandes aspavientos:

—¿Qué locura! Por mucho que la amara Gustavo, la dejaría de amar inmediatamente si supiera sólo la mitad de lo que usted pretende decirle. En un hombre de la clase de Gustavo, ningún sentimiento, ni siquiera el amor, es independiente. Todos dependen del honor.

—Entonces...

—Habrá usted de mentir.

—¿Es tan grave lo que usted me aconseja!...

—¿Más grave que la separación absoluta, que la ruptura definitiva?

—¡Oh, no! Eso sería horrible.

—Mienta usted, Nanón, mienta usted. La mentira es un pecado relativo. Muchas veces es preciso y noble mentir. A un enfermo sin salvación, hay que mentirle. Lo contrario sí que sería un delito. En

este caso, su amor le da derecho a mentir. Siga mis consejos. Confíe en mi experiencia. Es usted una niña aún.

Nanón, subyugada, cogió las manos a la condesa y se las besó. No deseaba otra cosa que dejarse convencer. Por consiguiente, el triunfo de Diana no había sido difícil.

—La vida me parecerá corta para bendecirla, señora. ¡Qué buena es usted! ¡Cuánto bien me ha hecho!

La condesa consideró que había terminado su misión en aquella casa. Nadie conseguiría disuadir a Nanón. Ningún obstáculo volvería a surgir.

Se dejó besar las manos de nuevo por aquella criatura que estaba a punto de enloquecer de felicidad, y salió del *boudoir* y de la casa.

Cuando subía al coche, un relámpago de insensato júbilo animaba sus ojos.

—Eres mío, conde de Arnim — pensó—. Pronto sabrás cuál ha sido mi venganza.

Nanón, al quedar sola, cogió del sofá la rosa blanca. Aspiró su perfume, la besó, la mecía apoyándola sobre su pecho.

Después la envolvió cuidadosamente en un papel de seda, llamó a

su doncella y la envió con el precioso encargo a casa del conde de Arnim.

—Entréguela a él personalmente.

—¿Y si acaso no estuviera...?

—Estará.

Vaciló un momento y añadió:

—Estará esperándola.

Cuando la doncella se fué a cumplir el encargo, se encerró ella en el *boudoir*, eligió por sí misma el vestido más a propósito para la hora y, con prisa y nerviosismo, fué dejando caer a sus pies el que llevaba.

Cayeron nuevas prendas. Hubo un momento que del montón de sedas y encajes, surgía la estatua blanca de su cuerpo. Todo era nieve y rosa en aquella carne, todo era aroma y suavidad.

Poco a poco fueron cayendo otra vez sedas y tulés sobre la fresca y maravillosa estatua.

Delicadas tonalidades de ámbar y rosa, sutiles, casi transparentes, disimularon la nieve ligeramente coloreada de su piel. Los minúsculos pies se enfundaron en altas medias de gasa y después en los dorados estuches de los zapatos.

Entre prenda y prenda, perfumes

de Oriente caían en abundante lluvia sobre su cuerpo.

Pronto la divina estatua no fué sino un presentimiento. Ahora Nanón era una deliciosa muñeca vestida.

Una y otra vez pasó la borla por su rostro, hasta que desaparecieron las huellas del llanto.

Después entraron en turno las joyas, y perlas y diamantes ornaron su garganta. Brazaletes con rubíes, anillos con esmeraldas...

Finalmente se contempló al espejo y sonrió satisfecha.

Pronto oyó el rodar de un coche... después los pasos queridos... después... apareció el amado en el umbral...

Nanón esperó en pie, serenamente, sonriendo, mirándole.

—Nanón—suspiró él.

Y avanzó con lentitud.

—Nanón—fué repitiendo.

Llegó hasta ella, alzó poco a poco los brazos, fué deslizándose las manos por su espalda.

—Nanón... ¡esposa mía!

Y cayó sobre sus labios y gozó de la gloria infinita de un beso...





IX

Todo estaba listo para la gran comida de bodas. La condesa había estado atenta a todos los detalles. Apenas consiguió de Nanón que enviara a Gustavo la rosa blanca, comenzó los preparativos para el gran día. Aquella misma noche dió en su palacio una magnífica fiesta para anunciar el enlace y pidió a los prometidos que le permitieran ser madrina y encargarse de la comida de bodas.

Tanto Nanón como Gustavo, accedieron de buen grado; Nanón por lo que creía deberle a la condesa; Gustavo, porque creía que Diana se había redimido.

No podía concebir la enorme monstruosidad que había detrás de aquellas atenciones. Por el contrario, se le ocurrió pensar que la condesa, arrepentida del mal que le ha-

bía hecho, trataba de remediarlo de aquel modo.

Todo lo olvidó. El rencor se convirtió en gratitud.

Desde entonces visitaron frecuentemente a la condesa y no se sabía quién era más feliz: si ellos con su amor, o Diana con la esperanza de ver tan cerca el anhelado fin de sus planes.

La boda tuvo resonancia en todo París. Lo mejor de la Corte y de la aristocracia había acudido al requerimiento de la condesa.

Los mejores carruajes pasearon a la comitiva matrimonial por las calles de la urbe. Se lucieron las mejores *toilettes*.

La hora de la comida había llegado y en el regio comedor se veía una gran mesa, con tanto esplen-

dor adornada, que nadie dejó de felicitar a la condesa.

El fino cristal de Bohemia; la porcelana, la plata, el oro, las flores, formaban una armonía perfecta. Todo el comedor estaba engalanado.

Nanón estaba bellísima con su traje de bodas. Era toda ella una nube de gasas, en la que sólo destacaban las rosas exquisitas de su rostro y de sus manos. El, gallardo y feliz con su uniforme, motivaba también comentarios femeninos.

—Es una pareja ideal—había dicho una voz sincera.

Y era inútil buscar expresión más adecuada. Una pareja de las que los novelistas imaginaban para sus historias de amor, una pareja como las que todos habían entrevisto con los ojos de la imaginación cuando sus abuelas les contaron narraciones caballerescas o cuentos de princesas y paladines.

Gran animación reinó durante la comida. Todos parecían confabulados para halagar y aumentar la dicha de la pareja.

Nanón creía estar soñando. De vez en vez, volvía la cabeza para cerciorarse de que Gustavo estaba allí realmente, y se miraba el vapo-

roso traje para convencerse de que también era una realidad su matrimonio.

Terminada la comida, la condesa se puso en pie y alzó su copa.

—Brindemos por los recién casados.

Brindaron todos.

Gustavo levantó también su copa mirando a Nanón amorosamente.

Después volvió a hablar Diana:

—Los tengo reservada una sorpresa, amigos míos. La mejor del programa.

Nadie supo ver el goce extraño que se reflejaba en sus ojos.

—Un concierto de músicos excéntricos.

Hizo una señal a un criado, y en la sala aparecieron los músicos de una extraña y reducida orquesta.

Al verles, Nanón creyó otra vez que estaba soñando. Conocía aquellos rostros. El del director, lo habría reconocido desde una legua.

Miró de nuevo a Gustavo y a los demás invitados, buscando en ellos el indicio de que estaba despierta, y lo que halló fué una extraña sonrisa de la condesa, que la desconcertó más aún.

—Estos artistas vienen del cabaret el "Chien qui fume", uno de los

lugares peor afamados de París.

Ahora sí que no le cupo duda. Eran, en realidad, papá Pierre y todos sus músicos.

A todos los conocía. Todos la conocían.

En un movimiento instintivo, se cubrió con el abanico el rostro. Pero lo que consiguió con este gesto fué llamar la atención de los recién llegados.

Tenían éstos que pasar por el lado de donde ella estaba, y se acercaban con empuje de virtuosos.

Papá Pierre iba delante, con la batuta debajo del brazo y del mismo modo llevaban los músicos sus instrumentos.

Papá Pierre se dió cuenta de súbito de quién era la mujer que vestía las blancas gasas nupciales. Tuvo un gesto de asombro, pero en seguida comprendió que debía callar, disimular...

Conocía bien a Nanón y veía aquel gesto temeroso con que procuraba ocultarse de ellos. Sabía que Nanón estaba angustiada y que temía ser reconocida por sus antiguos amigos. No le extrañaba. En aquella atmósfera de lujo y distinción, nadie quería acordarse del ambiente encanallado del "Chien qui

fume", porque para nadie podía ser un motivo de jactancia que sus camaradas supieran que tenía amistad con gente tan humilde.

Esto le inspiró una instantánea determinación.

Apenas se alejaron un poco de la mesa, lo suficiente para que no le oyeran los comensales, dijo a los músicos:

—Ahí está Nanón; pero mucho cuidado con demostrar que la conocéis. ¡Como si no la hubiérais visto en la vida!

Se acomodaron en el estrado y se dispusieron a tocar.

La condesa no estaba muy complacida de lo que hasta allí había sucedido. Los músicos no habían reparado, sin duda, en Nanón. De otro modo no se comprende que aquellas gentes de baja estofa no se hubieran detenido ante la amiga, para jactarse de la amistad que les unía a ella.

—¡Eh, Nanón!

—¡Somos nosotros!

—¿No nos conoces?

—¿No te acuerdas de tus antiguos amigos?

—¡Viva Nanón!

—¡Viva la feliz pareja!

Esto había esperado Diana que



## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

dijeran los músicos deteniéndose ante la recién casada, y dando lugar a la escena consiguiente.

Pero, no. Los músicos, muy serios, con su ridículo empaque de virtuosos, se habían dirigido al estrado.

Habría que discurrir algo rápidamente.

Y la mente de la condesa, fecunda en planes de aquella especie, se entregó con empeño a la busca.

Fué cuestión de unos segundos.

En seguida discurrió lo que debía hacer y miró a Gustavo, complaciéndose de antemano en lo que iba a ocurrirle.

Ya que los músicos no habían visto a Nanón cuando se acercaron a ella, haría que Nanón se aproximara a ellos, con lo que forzosamente la reconocerían.

Fijó la mirada en la atribulada novia e, indiferente a la angustia que reflejaba su rostro, solicitó:

—Cante usted "La Melodía del Amor". Ningún momento tan a propósito como éste. Hoy que su amor por el conde de Arnim llega a la cumbre, sabrá usted dar al canto inflexiones nuevas.

Nanón fué a protestar. En los breves momentos que habían trans-

currido desde la entrada de papá Pierre, tuvo tiempo de pensar y deducir. La condesa sabía muy bien que el vizconde la sacó del "Chien qui fume". El contratar ahora a su orquesta, sólo podía atribuirse a un deseo de hacer mal.

Esto no se compaginaba bien con el comportamiento de la condesa en aquellos días que procedieron a la boda. Pero puesta en el trance de tomar por falsa una actitud u otra, Nanón dudaba de la sinceridad de la primera.

Sólo entonces se le ocurrió pensar que algo habría mediado entre Gustavo y la condesa, y que fué sin duda el despecho lo que movió a Diana a proyectar aquellos indignos planes.

Así quedaba bien explicado el proceder de la condesa. No persiguió otra cosa que su matrimonio con Gustavo, e hizo todo cuanto fué preciso para que la boda se realizara.

Y entonces... ¿Qué monstruo de crueldad se ocultaba bajo aquella máscara altiva? ¿Era posible que un corazón humano encerrara tanta barbarie? Miró con terror su fina sonrisa, su mirada penetrante. Y ahora que estaba sobre aviso, vió la

## L A M E L O D I A D E L A M O R

luz infernal de sus pupilas y el sarcasmo diabólico de su sonrisa impávida.

Ya no dudó. Lo que la condesa perseguía era destrozar el alma de Gustavo y pisotear su corazón, poniéndole al corriente de la verdad cuando ya estaba ligado a ella por la sagrada bendición.

Vació. El dolor y la cólera se mezclaron en ella nublándole la vista y oprimiéndole cruelmente el corazón.

La condesa había dicho:

—Cante usted "La Melodía del Amor".

Y he aquí que no podía negarse, pues ello equivalía a apresurar los acontecimientos.

Siquiera que pudiera llamarse esposa de Gustavo durante unos minutos más.

En la mirada y en el gesto de papá Pierre, ella, que tan bien le conocía, había percibido la determinación que en realidad había tomado.

Se puso en pie, se volvió hacia los músicos y advirtió que ninguno de ellos la miraba.

¡Oh, amigos buenos, almas generosas! ¡Qué diferencia de ellos, tan

humildes, a aquella brillante condesa!

Fué lentamente hacia ellos. Se colocó al lado de papá Pierre. Los músicos estaban fijos en la pauta, como si jamás hubieran visto a Nanón.

La condesa estaba desconcertada. ¿Qué significaba aquello? ¿La habrían engañado? ¿Sería mentira que perteneciera Nanón al "Chien qui fume"?

La artista, entretanto, esperaba que la orquesta comenzara. "La Melodía del Amor—se decía—. Hoy no podrá ser. Hoy será La Melodía del Dolor"...

Las piernas le flojaban. Un hormigueo de fiebre recorría su cuerpo. Debía estar intensamente pálida.

Apenas sonaron las primeras notas, una infinita angustia la poseyó.

Era un extraño deseo de llorar lo que la dominaba.

"La Melodía del Amor"... y rectificó, casi inconscientemente: "La melodía del amor perdido".

No sería un canto de triunfo, sino un canto de adiós. El había procurado la confesión de Gustavo y él procuraría el doloroso rompimiento.

## LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Luchaba por contener las lágrimas. Una mirada del director le indicó que había llegado el momento de comenzar. Desplegó los labios, concentró sus energías y moduló la primera sílaba del canto.

Pero no surgió sola de la gar-

ganta de Nanón. La acompañaba un desgarrador sollozo.

Nanón comprendió entonces que era inútil seguir disimulando y lloró libremente, al mismo tiempo que se arrojaba en brazos de papá Pierre, buscando el paternal refugio de su cariño sincero.

\* \* \*

Hubo entre los invitados un movimiento de sorpresa. ¿Qué significaba aquello? ¿Por qué se abrazaba a un músico de cabaret una mujer que frecuentaba su ambiente?

—¿Qué amigos tan extraños tiene nuestra recién casada!—dijo la condesa.

—Realmente, no son muy dignos de la persona por quién estamos aquí en este momento.

—Es preciso aclarar si se trata de una burla.

La condesa había lanzado un triunfal suspiro.

—Por fin.

Y miraba, sonriendo, a Gustavo.

Este no reparó en aquella mirada ni en aquella sonrisa. Estaba pendiente de la extraña escena que se había desarrollado entre Nanón y el director de la orquesta.

Seguido de la condesa, se dirigió al estrado.

—¿Qué sucede, Nanón? ¿Quién es ese hombre?

Ella repuso francamente, con un profundo deseo de que todo se aclarara para que terminase de una vez aquel suplicio:

—Es papá Pierre, el dueño del "Chien qui fume".

—¿Y qué tienes tú que ver con ese hombre?

—Yo cantaba en su cabaret.

Los invitados se habían puesto en pie. Se miraban unos a otros, tan indignados como sorprendidos. Aquello era una burla intolerable.

Y fueron abandonando el salón.

También los músicos se habían ido, dejando solo a papá Pierre.

Y quedaron solos los protagonistas de aquella farsa.



## L A M E L O D I A D E L A M O R

Nanón destrozada por el dolor.

Gustavo, sin poder creer en tanta desdicha.

Papá Pierre, dolorido por el dolor de Nanón.

La condesa, recreándose en su obra, orgullosa de su triunfo, saboreando su cruel venganza.

Papá Pierre había exclamado, dirigiéndose al esposo:

—¡Por Dios le juro, señor, que Nanón ha sido siempre una buena muchacha! Un poco loca en su inocencia, pero honesta e inocente a carta cabal. Las habrá iguales que ella; pero mejores, no.

La condesa sonreía. Sabía la poca importancia que aquellas palabras tenían en un caso de honor como aquel.

Nanón había tirado del brazo de papá Pierre, anhelando salir de allí cuanto antes: pero Diana la detuvo, para preguntarle, mirando fijamente al conde de Arnim:

—¿Va usted a marcharse sin cobrar su sueldo, condesa de Arnim?

Y explicó a Gustavo:

—Una miseria, conde. Solamente el sueldo de una pequeña artista por representar el papel de dama del gran mundo.

Gustavo estaba cada vez más aturdido.

—Le exijo, condesa, que me dé una explicación de lo sucedido—demandó enérgicamente.

—La explicación es muy sencilla. ¿Recuerda que me dijo usted que preferiría casarse con una mujer de la calle? Pues, bien, ahí la tiene.

Gustavo, comprendiéndolo todo, vaciló, como si acabara de recibir un golpe en la cabeza.

En la artista se operó una reacción maravillosa. Al oírse llamar mujer de la calle, su sangre noble y su noble corazón protestaron. Se irguió con los ojos relampagueantes de ira. ¡Ella era honrada, y defendería su honra con su vida, si preciso fuera!

Se encaró con la condesa, y exclamó, crispando las manos y fulminándola con su mirada de fuego:

—Humilde sí lo soy, ¡pero no una mujer de la calle!... Y, aunque lo fuese, siempre valdría más que una mujer que, además de mala, es hipócrita... ¡como usted, condesa!

Después, dirigiéndose a Gustavo y en una dolorosa transición...

—Esa mujer me engañó, Gusta-

vo—dijo—. Me aseguré que sólo se trataba de una broma.

"Cuando comprendí que te quería, quise marcharme... huir... ¡pero te amaba tanto! El amor me hizo mentir, continuar la farsa, retardar el momento de la separación... Luego, este monstruo de mujer, acabó de envenenarme y no reparó en los medios para conseguirlo. Dejó caer en mi oído dulces mentiras. Me aseguró que no se sabría nada, que los dos teníamos derecho a ser felices... ¿Cómo no iba a dejarme convencer si no deseaba otra cosa que convencerme? ¡Perdón, Gustavo, perdón!

Gustavo estaba inmóvil. Le parecía que su cerebro y su corazón se habían vaciado. Era incapaz de tomar una determinación inmediata.

Y como la condesa seguía sonriendo perfectamente, Nanón continuó su heroica defensa:

—¿Está usted orgullosa de lo que ha hecho, verdad? Ahora veremos cuál es la opinión de sus invitados.

Con una energía arrolladora, con una decisión a la que nadie podía resistir, se asomó a todas las puertas del comedor y llamó a gritos a los invitados.

—¡Vengan ustedes! ¡Necesitan una explicación y voy a dársela!

Era imposible negarse a la llamada de aquella mujer enloquecida, a aquel grito de dolor tan sincero.

Fueron acudiendo los invitados.

—¡Aquí! ¡Aquí! — gritaba Nanón—. ¡En presencia de ella!

Y cuando todos estuvieron reunidos en torno de ellos, vociferó:

—Yo vivía feliz en el humilde ambiente del cabaret a donde la vida me había arrastrado. El conde de Arnim no era feliz en el suyo, porque esta mujer acababa de engañarle vilmente. No nos conocíamos, cada uno por nuestro camino hubiéramos continuado alejándonos uno de otro... Pero esta vibra—y señalaba a la condesa— nos unió par hacernos desgraciados... Una noche me sacaron de mi ambiente y me trajeron a este palacio, con el pretexto de dar una broma. La broma consistía en enamorar al conde de Arnim. Yo, inocente de lo que había detrás de esta farsa, acepté. Por un poco trabajo me ofrecían una espléndida remuneración. Y aquí vine, donde un profesor de ceremonias me puso al corriente de las exquisitas costumbres de la sociedad. No era yo, era la condesa la que iba a engañarlos a

ustedes. Yo era sencillamente un instrumento de su maldad. Y sucedió lo que era preciso que sucediera y yo no podía sospechar. Sucedió que me enamoré del conde de Arnim. ¿Quién hubiera podido resistir? No era sólo su brillo el que me atraía: era la nobleza de su corazón, la grandeza de su espíritu. Cuando me di cuenta del peligro que corría, del desvío que había sufrido mi papel, decidí marcharme. Pero esta mujer supo impedirlo. Fui juguete de sus malas artes, como lo ha sido el conde de Arnim, como lo han sido todos ustedes. ¿Y todo para qué? Para humillar a este hombre que antes había humillado a ella justamente. Una baja venganza. He aquí el resultado. ¡Un triunfo! ¡Ya lo saben ustedes todo! ¡Ya saben quién es esta señora!

Y nerviosamente, con bruscos

ademanos, se arrancó las joyas y las arrojó a los pies de la condesa.

—Tenga usted. No quiero marcharme con nada suyo... Y el dinero lo rechazo también. La suerte la ha acompañado hasta el último momento. Le ha resultado más barato de lo que esperaba.

Se volvió a Gustavo.

—Y tú, Gustavo, eres libre. Jamás volverás a verme ni a saber de mí.

Y tirando del brazo de papá Pierre salió del comedor y de la casa, de aquel gran palacio donde quedaba su corazón y su alegría.

Quiso ser enérgica hasta el fin, pero en este propósito fracasó. Aun no habían traspuesto el umbral del palacio, cuando se sintió desfallecer y, apoyando la cabeza en el hombro de papá Pierre, lloró y lloró como una niña.





X

Otra vez el cabaret. Otra vez el bohemio de obscura capa. Otra vez las coplas picantes y el camarero gordo y las miradas codiciosas.

Pero ahora la estrella ya no triunfaba. Había gozado de la delicia de otros ambientes, había hallado aquel medio distinguido que su sangre requería.

Además, el recuerdo de Gustavo no la abandonaba un instante.

Ya no era la alegre chiquilla que iba sembrando su buen humor de mesa en mesa. Las danzas lascivas, de una lascivia inocente, ya no cuadraban a aquel cuerpo acostumbrado a la gentil suavidad del gran mundo.

El cabaret se veía cada vez menos concurrido. Los clientes que habían vuelto al ver el nombre de Nanón en los carteles se marchaban decep-

cionados. Aquello no era la Nanón que ellos conocían.

Papá Pierre estaba abrumado. De una parte la mala marcha del negocio y de otra lo que sucedía a Nanón influían visiblemente en la agilidad de su batuta.

Todo en el cabaret había adquirido una languidez de desmayo. La música no tenía una nota viva ni alegre. Los espectadores no se atrevían a reír a carcajadas. El camarero gordo, sin el estímulo de los puntapiés, se arrastraba más que andaba.

Era todo como un gran bostezo.

Para Nanón el momento de salir a escena era un momento de angustia. Tenía que fingir, tenía que reír cuando el corazón lloraba. Fracasaaba todas las noches.

—Canta "La Melodía del Amor"  
—le decía papá Pierre, compadeci-  
do—. Así no tendrás que esforzarte.

Y Nanón cantaba la dulce melo-  
día. Pero en ella, más que amor,  
había lágrimas, y los espectadores  
protestaban invariablemente. No  
habían ido allí a llorar.

Cuando, muy avanzada la noche,

la función terminaba, Nanón lan-  
zaba un gran suspiro.

¡Gracias a Dios que podría entre-  
garse a su dolor libremente!

Y se iba a su cuartucho, tan dis-  
tinto del regío aposento que le des-  
tinara la condesa, y pasaba la no-  
che vertiendo su llanto sobre la al-  
mohada.

\* \* \*

Entre tanto, semejantes proble-  
mas destrozaban el corazón del con-  
de de Arnim.

Sentía en su alma un gran vacío.  
Reconoció desde el primer momen-  
to que le sería muy difícil vivir sin  
aquel amor tan súbitamente per-  
dido.

Pensó en seguida que la ruptura  
era necesaria. Su honor lo exigía  
así, pero fué recordando momentos,  
palabras... No cabía dudar de la  
honradez de aquella criatura. Ade-  
más, parecía una verdadera dama de  
sociedad. ¡Y era tan hermosa!

De pronto, un día se le ocurrió

pensar:

—¿Qué inconveniente hay, pues,  
para que yo no pueda vivir con mi  
esposa, ser el esposo efectivo de  
Nanón?

El de su honor, mejor dicho, el  
del convencional honor de la socie-  
dad en que vivía. Pero si se fueran...

Apenas este pensamiento cayó en  
su mente, tomó una resolución: la  
de investigar, la de aclarar el pa-  
sado de Nanón, la de cerciorarse  
de que era honrada, a pesar del  
ambiente en que había vivido.

Y los resultados no pudieron ser  
más satisfactorios.

\*\*\*

—Canta "La Melodía del Amor"  
—le había dicho papá Pierre una  
vez más—. Así no tendrás que es-  
forzarte.

Y Nanón cantó una vez más la  
inolvidable melodía.

Sobre las notas iban cayendo sus  
lágrimas. Los dolorosos lamentos  
volaban como mariposas por la pe-  
numbra del cabaret.

Un extraño fenómeno le ocurrió  
aquella noche. Al posar la vista so-  
bre un espectador creyó ver el ro-  
stro de Gustavo. Posó la mirada al  
espectador vecino y vio que el mí-  
lagro se repetía. Era una alucina-  
ción, una hermosa alucinación.

Todos los espectadores tenían en  
aquel momento el único y maravi-  
lloso rostro.

De súbito, vio uno de extraordi-  
naria realidad. Estaba allí mismo,  
muy cerca. La miraba, sonreía.

—¡Qué hermoso, qué hermoso  
sueño!—se dijo.

Pero he aquí que terminó de can-  
tar, y todos recobraron su fisio-  
nía... Todos menos él.

¿Era él, en efecto?

Oyó su voz.

—Nanón.

Y Nanón fué hacia él como una  
sonámbula.

—¡Nanón!... ¡Esposa mía!

—¡Gustavo!

Fué un grito triunfal, un grito de  
emoción profunda y placer infinito.

—Ven conmigo, Nanón. He com-  
prendido dos cosas: que eres digna  
de mi cariño y que no puedo vivir  
sin ti.

Cerca de ellos, contemplándose,  
estaba papá Pierre y el camarero  
gordo. De súbito, aquél, en una ma-  
ravillosa reacción, recobrando de  
súbito toda su actividad, dió a éste  
un puntapié y le ordenó:

—¡Pronto! Que preparen el co-  
che a la señora condesa de Arnim.

F I N





La deliciosa novela

# Cristina, la holandesa

por Janet Gaynor y Charles Merton



Seguidamente:

GRANDES ACONTECIMIENTOS

¡Una novela que causará sensación!



Portada a todo color

16 magníficas ilustraciones en papel couché

# COLECCION USTED

los lujosos libros de las ediciones especiales de

## La Novela Semanal Cinematográfica

### NÚMEROS PUBLICADOS:

La Viuda Alegre, por Mae Murray, John Gilbert y Roy d'Arcy.—El Gran Desfile, por John Gilbert y Renée Adorée.—Miguel Strugoff o El Correo del Zar, por Ivan Mosjoukine, Nathalie Kovanko y Tina Miller.—La princesa que supo amar, por Huguette Dufois y Charles de Roche.—El coche número 13, versión moderna de la célebre novela de Xavier de Montepin. Creación de la genial actriz Lily Damita.—Sin familia, por Leslie Shaw.—Mare Nostrum, por Alice Terry y Antonio Moreno.—Nantès, el hombre que se vendió, por Lucienne Legrand y Daneden.—Cobra, por Rodolfo Valentino.—El fin de Montecarlo, por Franceca Bertini y Jean Angelo.—Vida bohemia, por Lillian Gish y John Gilbert.—Zazá, por Gloria Swanson.—¡Adios, juventud!, por Carmen Boni.—El judío errante, por Gabriel Gabrio.—La mujer desahogada, por Louise Lagrange, Ivan Petrovich, Nita Naldi, etc.—Casanova, por Ivan Mosjoukine.—Hotel Imperial, por Pola Negri.—La Ma Ramona, por Luise Fernanda Sala.—Don Juan, el burlador de Sevilla, por John Barrymore.—Noche Nupcial, por Lily Damita.—El Séptimo Cielo, por Janet Gaynor y Charles Farrell.—Beau Geste, por Ronald Colman.—Los Vencedores del Fuego, por Charles Ray y May Mac Avoy.—La Mariposa de Oro, por Lily Damita.—Ben-Hur, por Ramón Novarro.—El Demonio y la Carne, por Greta Garbo, John Gilbert y Lars Hanson.—La Castellana del Líbano, por Arlette Marchal e Ivan Petrovich.—La Tierra de todos, por Antonio Moreno y Greta Garbo.—Tripoli, por Esther Ralsman y Charles Farrell.—El Rey de Reyes.—La ciudad castigada.—Sangre y Arena, por Rodolfo Valentino.—Aguilas triunfantes, por Phillips Haver y Rod La Rocque.—El Sargento Malacara, por Lon Chaney.—El Capitán Sorrell, por H. B. Warner.—El Jardín del Edén, por Corinne Griffith.—La Princesa mártir, por Lucienne Legrand.—Ramona, por Dolores del Río.—Dos Amantes, por Vilma Banky y Ronald Colman.—El Príncipe estudiante.—Ana Karenina.—El destino de la Carne.—La mujer divina.—Alas.—Cuatro hijos.—El carnaval de Venecia, El ángel de la calle, La última cita, El enemigo, Amantes, Moulin Rouge, La Ballarina de la Opera, Ben-Ali, Los Cuatro Diables, ¡Ríe, payaso, ríe!, Volga, Volga, La Sinfonía Patética, Un cierto muchacho, Nostalgias..., La ruta de Singapore, La Actriz, Mister Wu, Renacer, El despertar y Las tres pasiones.

que han constituido otros tantos éxitos para esta Colección, la cual será considerada la Biblioteca más amena, selecta e interesante.